

REVOLUCIÓN NEOLÍTICA *VERSUS* RENOVACIÓN INDUSTRIAL: OBJETOS, SOCIEDADES Y SÍMBOLOS (*)

NEOLITHIC REVOLUTION *VERSUS* INDUSTRIAL RENEWAL: OBJECTS, SOCIETIES AND SYMBOLS

Alfonso ALDAY RUIZ

Área de Prehistoria. Universidad del País Vasco. Vitoria-Gasteiz.

BIBLID [1138-9435 (2003) 6, 1-437]

Resumen.

En Prehistoria las subdivisiones culturales atienden a evoluciones de conjuntos materiales de muy diferente categoría. En un segundo momento, y dentro de unas coordenadas geocronológicas precisas, se ensaya rellenar de contenido habitacional, económico, social... en suma histórico, a cada una de las parcelas temporales definidas, primando estos contenidos frente a los materiales. Pero si lógicamente dichas asociaciones de artefactos no son comprendidas, o se priman en exceso a unos componentes frente a otros, se tenderá a desvirtuar la propia base del sistema clasificatorio. En el presente trabajo se observarán los mismos objetos desde diferentes ópticas, comprobando que es posible retener más de una lectura, a veces contradictorias: el hecho, aplicado al neolítico, pone en duda la capacidad trazadora de unos ítems -así por ejemplo lo cardial- en la reconstrucción de la entidad, así como las posibles alternativas. Previamente se reflexiona sobre a qué llamamos objetos arqueológicos y como evolucionan.

Palabras clave: Mesolítico, neolítico, C¹⁴, objetos arqueológicos.

Abstract.

In Prehistoric studies, cultural subdivisions reveal the evolution of material culture at a number of levels. At a second stage of analysis, from a geo-chronological perspective, these studies aim a settlement, economic, social or historical reconstruction of the temporal periods already defined. If the artefact associations are not understood properly or if there is not a balance between the components taken into consideration, the classification system would be spoiled. In this contribution, the same objects are considered from different perspectives, confirming that it is possible to get access to different, sometimes contradictory, lectures of the

(*) Fecha de recepción del artículo: 29-XI-2004. Fecha de aceptación: 22-XII-2004.

archaeological record. This exercise, when applied to the Neolithic period, puts forward how difficult is to use some criteria (i.e. the cardinal one) to reconstruct each entity and to take into account the alternatives. A reflection on what archaeological objects are and how they evolve is also presented.

Keywords: Mesolithic, Neolithic, 14C, archaeological objects.

Sumario:

1. Introducción. 2. Objeto arqueológico y definiciones culturales. 3. Las materias primas y la conciencia de producción en el Neolítico. 4. Estructuras materiales y neolítico: algunos interrogantes. 5. Movimientos materiales, movimientos culturales, movimientos de personas. 6. El valor de los objetos intercambiados y de los propios. 7. Objetos y lecturas simbólicas y sociales. 8. Objetos muertos y culturas vivas. 9. Objetos y definición cultural. 10. Redes mesolíticas y transmisión neolítica. 11. Conjunto material e identidad cultural y territorial. 12. Materiales y funcionalidad. 13. Diez valoraciones finales. 14. Notas. 15. Bibliografía.

1. Introducción.

1.- El acceso a las formas neolíticas es considerado en nuestro mundo como uno de los grandes hitos de la humanidad: por establecer, con cierto grado de conciencia, unas nuevas relaciones entre hombres y naturaleza variando los sistemas económicos, sociales e ideológicos. En la construcción de nuestra identidad, de los mitos con los que explicar nuestros orígenes, se reserva al fenómeno un papel crucial marcando una cisura entre un orden anterior y salvaje y **uno nuevo humanizado**, donde el hombre es dueño de su destino y dominante del medio. Bajo esta ideología no es casual que ubiquemos el escenario del Génesis donde sabemos tuvieron lugar los primeros pasos hacia las nuevas formas; o que una vez expulsados del paraíso, dando comienzo verdadero a nuestro mundo, y con el sudor de la frente, nos convirtiéramos de inmediato en agricultores y ganaderos. Es tal la importancia que otorgamos al proceso de neolitización que en su teorización usamos todavía imágenes bíblicas (“El Jardín del Edén” – Binford, 1988-) o nos apoyamos en textos sagrados para forjar una idea, o recrear, su valor:

- A. Hernando (1999: 20-21) refiere que *el pueblo elegido es el pueblo productor de alimentos*, y como Dios situó a Adán en el jardín para que *lo cultivara y lo cuidara*;
- B. Petrasch (en Jeunesse, 2002: 63) considera la difusión neolítica europea, o más específica del Rubané, como el movimiento colonizador más impresionante de las sociedades preindustriales siguiendo el mandato bíblico de *creced y multiplicaros... y dominar sobre los peces de la mar, sobre los pájaros del cielo y sobre todos los animales que viven en el suelo*;

C. Guilaine (2003: 23) ofrece la imagen del neolítico como la salida del Edén, el fin de los tiempos paradisíacos.

Dotamos al neolítico de un valor tanto económico como *ideológico*, donde el dominio sobre las cosas (susceptibles de ser transformadas para producir, crear riqueza y ser sus dueños) y las personas encuentra franca justificación en las creencias. Eleva nuestra cultura sobre un plano superior frente a la naturaleza y ante los no neolitizados. Si ciertamente la máxima *la historia la escriben los vencedores* tiene sentido, la neolitización es escrita por nosotros los ganadores y tendemos a reservar un escaso protagonismo a lo vencido y a los vencidos. Visto así no hay nada de inocente en el pequeño papel que ofrecemos a los grupos mesolíticos en la construcción neolítica europea: meros colonizados más pasivos que activos, sino simplemente, *aniquilados* (culturalmente)¹.

El neolítico, con su domesticación de lo salvaje y la dotación de una inédita posición, más central, del hombre en la naturaleza fascina a los prehistoriadores. El periodo está lleno de símbolos –en sus raíces se habla de una *revolución simbólica* (Cauvin, 1997)- buscando su significado y realidad a través, entre otras fórmulas, del equipamiento material: instrumentos representativos de un estadio nacido en el Próximo Oriente Asiático e implantado en todos los rincones de Europa. Repensar con ejemplos el juego que pudiera ofrecer la cultura material en su desciframiento, interrogándonos sobre sus capacidades, es el objetivo del presente texto. Como lógicamente el valor de los objetos neolíticos obtiene su verdadero alcance en oposición respecto a los mesolíticos será necesario que nos fijemos también, siquiera parcialmente, en el papel de éstos. El ciclo aporta una colección importante de nuevos útiles: en cerámica, piedra, hueso; tallados, pulidos, modelados; para la agricultura, ganadería, minería... No se trata de presentar las novedades, asunto ampliamente abordado en manuales generales, y sí cuestionamos el *uso* que les dan los arqueólogos en las reconstrucciones que de las dinámicas (pre)históricas se plantean.

2.- En los procesos de neolitización muta la cultura material, los modos de producción, la organización social, la demografía y la estructura ideológica. Pero en la trama dichos movimientos son relativamente independientes, de donde *la arritmia, frente a lo sincrónico*, es lo habitual en la deriva cultural, concretándose situaciones bien diversas: cerámica sí pero no domesticación, o domesticación sí pero más fauna cazada... razón por la que no le resultará sencillo al prehistoriador jerarquizar en un esquema compositivo el orden de los cambios, los ritmos, las consecuencias derivadas o las dependencias.

En el juego se debe estar muy atento a los casos particulares (más al observar el fenómeno en una región tan amplia como la europea con situaciones de partida y condicionantes

muy diversos) que impiden generalizar los procesos. No hay que insistir, por ejemplo, en que debieron ser variados los mecanismos de acceso, derivados: a) de la **desigual implicación** que tuvieran los grupos autóctonos (unos participando directamente en los cambios, otros aceptándolos o reconduciéndolos, y tal vez algunos rechazándolos); b) de las **posibilidades geográfico-climatológicas** de los territorios, que sin constituir causa determinante si es condicionante; c) de lo **dilatado del proceso**, en torno a un milenio y medio entre el oriente y el occidente europeo, dando pie a interacciones varias.

En suma, nos enfrentamos a un colorido panorama donde lo neolítico adquiere variados matices y al que le afecta lo parcial de la información disponible. Si se nos obligara a clasificar por orden de importancia lo esencial del proceso discutiríamos si son de mayor calado los cambios sociales frente a los económicos, los ideológicos o los de poblamiento (la sedentarización), relegando, seguramente, a los objetos a un último lugar. Sin embargo es su renovación la base de la definición del nuevo estadio de la humanidad, opuesto a “la vieja piedra”: las sustituciones del aparataje técnico es lo primero que se percibe en el interior de una secuencia estratigráfica y la base en la compilación de dinámicas culturales, por razón de la naturaleza de la documentación manejada. De hecho la multitud de complejos industriales sincrónicos y diacrónicos definidos (o de culturas como gusta adjetivarse) basan su valor en combinaciones instrumentales en determinados espacios cronológico-geográficos, por más que luego se insista, y en el caso del neolítico es evidente, que lo principal son las actitudes que subsisten detrás. Definimos la cultura desde agregaciones materiales para elevar después su naturaleza al plano etnoantropológico: el salto no es sencillo y el *drama* se establece cuando al contrastar las hipótesis formativas (en nuestro caso colonización *vs* aculturación *vs* participación autóctona...) olvidamos que en su base cotejamos poco más que materiales que *nosotros aislamos y jerarquizamos*, si no nos percatamos de este hecho, o si negamos más de una posibilidad de jerarquización anulamos los debates o los cerramos por defecto.

Conviene entonces encerrar a los objetos en una galería de espejos y observarlos desde diversos ángulos: las imágenes reflejadas serán claras o difusas cuando no inversas. Lo que pretendemos es explotar o limitar las posibilidades interpretativas de los útiles arqueológicos ofertando, más que una lectura uniforme, dudas sobre la reconstrucciones que emitimos para con el Neolítico: en unos casos nos cuestionaremos sobre su capacidad en la resolución de los complejos culturales, o revalorizaremos sus significados simbólicos, en otros plantearemos serias dudas sobre el papel jugado por los grupos autóctonos-alóctonos en la formación del neolítico o sobre el valor de cada yacimiento y por extensión de los que conforman su contexto. En varios de los puntos desarrollados (el 3 y el 7 por ejemplo) nos daremos cuenta de los cambios conceptuales que respecto a ciertos objetos se dieron entre el Mesolítico y el Neolítico.

2. Objeto arqueológico y definiciones culturales.

Dado que en nuestra disciplina una entidad cultural se define según asociaciones materiales limitadas en el tiempo y el espacio, debiéramos preguntarnos primeramente cómo podemos definir un objeto arqueológico.

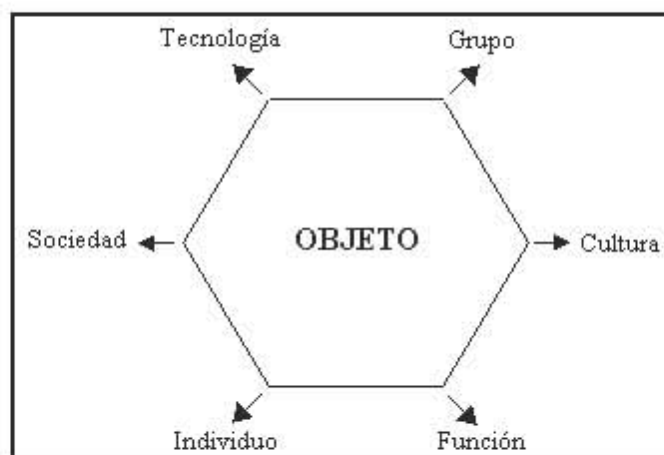


Figura 1. Objeto arqueológico entendido como compromiso equilibrado de diversas fuerzas.

El objeto arqueológico es un **compromiso de relación equilibrada** entre tecnología, grupo, cultura, función, individuo y sociedad –sin perjuicio de introducir otras variables.

Visto así en la construcción del objeto debe advertirse:

- A. Que sobre cada elemento es la proyección de diversas fuerzas quien le otorga una determinada forma y estructura, por oposición, convergencia o reunión. En la figura 2 para cada par de variables se señalan tres de los vectores –entre varios posibles– que proponen un determinado equilibrio (u objeto).

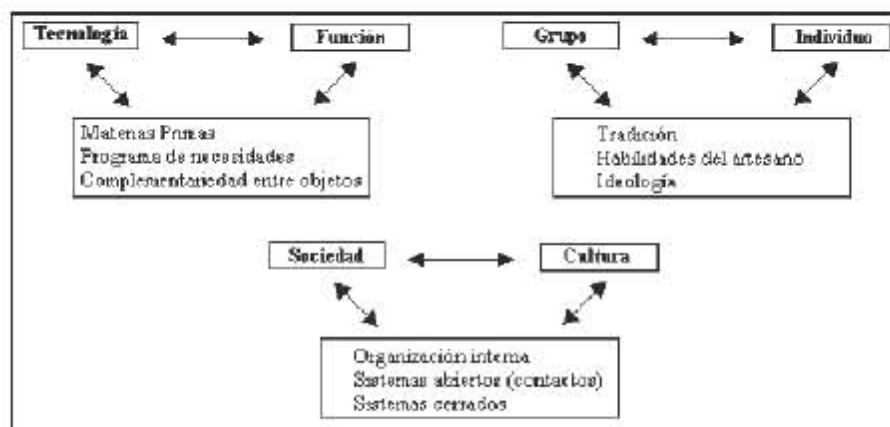


Figura 2. Relación de pares de fuerzas que actúan sobre los objetos para dotarles de su equilibrio.

- B. Cada elemento de la ecuación es teóricamente independiente de los demás, y su modificación si no es debidamente contrarrestada altera la composición del objeto proponiendo su evolución o cambio. La figura 3 quiere representar la transformación de un objeto por determinismo funcional; las otras variables

permanecen estables en un primer momento, si bien la búsqueda de eficacia en el nuevo útil, o de mejor aprovechamiento de la materia prima, propiciará movimientos contrarios de los otros vectores (en el caso elegido, el equilibrio se ensayará mediante mejoras tecnológicas) buscando un compromiso geométricamente perfecto (o nuevo objeto).

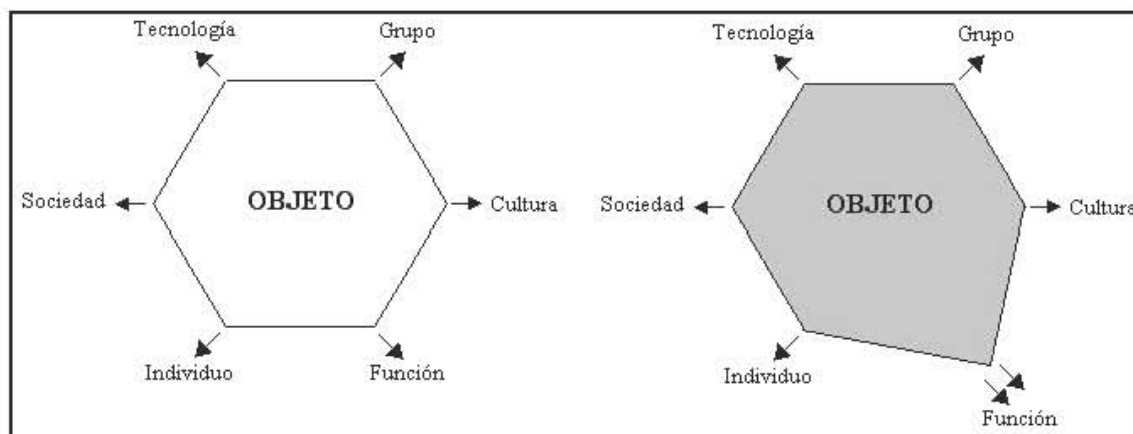


Figura 3. Simulación de transformación-evolución de un objeto por determinismo funcional.

Un detallado análisis de los objetos arqueológicos debe atender a la convergencia de las:

- I. cualidades externas distinguiendo lo formal y dimensional por un lado – ordenamiento tipológico elemental- y la base material por otro – reconocimiento de la naturaleza del soporte, procedencia y medios empleados en su extracción, transporte y manipulación-. El estudio de la materia prima concreta si lo que parecía ser producto de transmisión directa (intercambio de objeto) es sólo copia (es la idea lo emitido, recreada desde las posibilidades locales), asunto que se tratará más adelante;
- II. cualidades internas diferenciando entre tecnología, mecanismo que lleva del concepto al objeto plenamente configurado, y sustento ideológico-social que determina la esencia, proporcionalidad y uso de instrumento. Como veremos puede explicar el cómo y el por qué de las variaciones instrumentales y de la deposición o abandono de las piezas (punto 8), hecho que incide en la composición material hallada en un yacimiento y en las conclusiones a las que llega el prehistoriador.

- C. Entendiendo *cultura arqueológica* en sentido reducido, y no antropológico, como la reunión para un área y momento de objetos tecnotipológicamente similares susceptibles de servir de representación a un grupo, su comprensión gráfica puede asimilarse a un sistema de ordenación hexagonal estructurado por la reunión (el compromiso) equilibrada de los objetos. La clave de su comprensión reside precisamente en el equilibrio entre los objetos, sin su identificación, o por otorgar excesivo papel a parte de ellos, obtendremos visiones distorsionadas de la realidad –lo que se tratará en los puntos 4, 8 y 9.

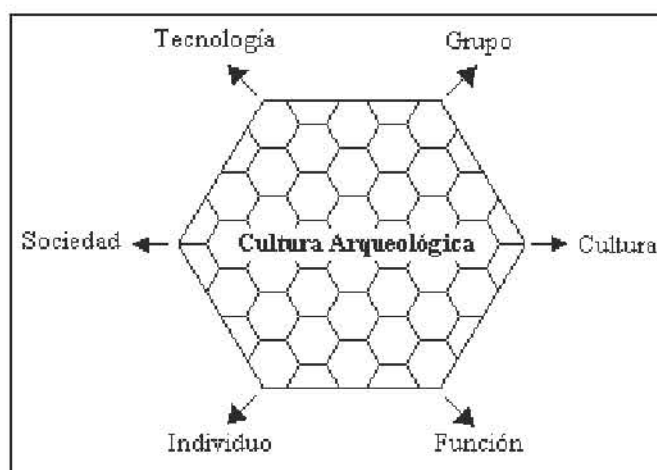


Figura 4. Representación gráfica de Cultura Arqueológica entendida como reunión de objetos.

- D. Bajo esta lógica la transformación de una serie de objetos conlleva la deformación original de la cultura, o su evolución, pero no necesariamente su mutación. Los cambios materiales, impulsores de una nueva trama cultural, son progresivos (sin desplazar por completo situaciones anteriores) y sucesivos (acumulándose los efectivos hasta completar un novedoso estilo –proporcionalidades temáticas, técnicas, tipométricas e ideológicas nuevas-): las rupturas deben entenderse como intromisiones filéticas anormales y graves.

Partiendo de los básicos mapas conceptuales de objeto y cultura arqueológica que acabamos de diseñar, el trabajo del arqueólogo una vez definidas dos situaciones culturales contiguas será dirimir las causas que propiciaron su transformación observando:

1. La escala cronológica de cada estructura y el ritmo de reemplazo o sustitución. Al contrario de lo expresado en bastante bibliografía, la escala cronológica debe tomarse exclusivamente como referencia secuencial, y no como explicación de un proceso: tan sólo lo enmarcará correctamente si tenemos los cálculos temporales suficientes. Debe advertirse que las etapas definidas en el interior de

una evolución son dependientes (I) de las calificaciones culturales que de partida otorgamos (el conjunto industrial es A ó B porque así lo hemos indicado nosotros según la relación de fuerzas que hemos creído advertir), con el riesgo cierto de caer en argumentaciones circulares y; (II) de la longitud de los tramos que tomamos como referencia (o que nos permiten las desviaciones estándares de los sistemas de datación y sus calibraciones) pues afecta a la finura de la reconstrucción. *Una evaluación cronológica no pasa, en el mejor de los casos, de construir una simulación que aún siendo matemáticamente lógica no garantiza ni la viabilidad del proceso ni mucho menos lo explica*².

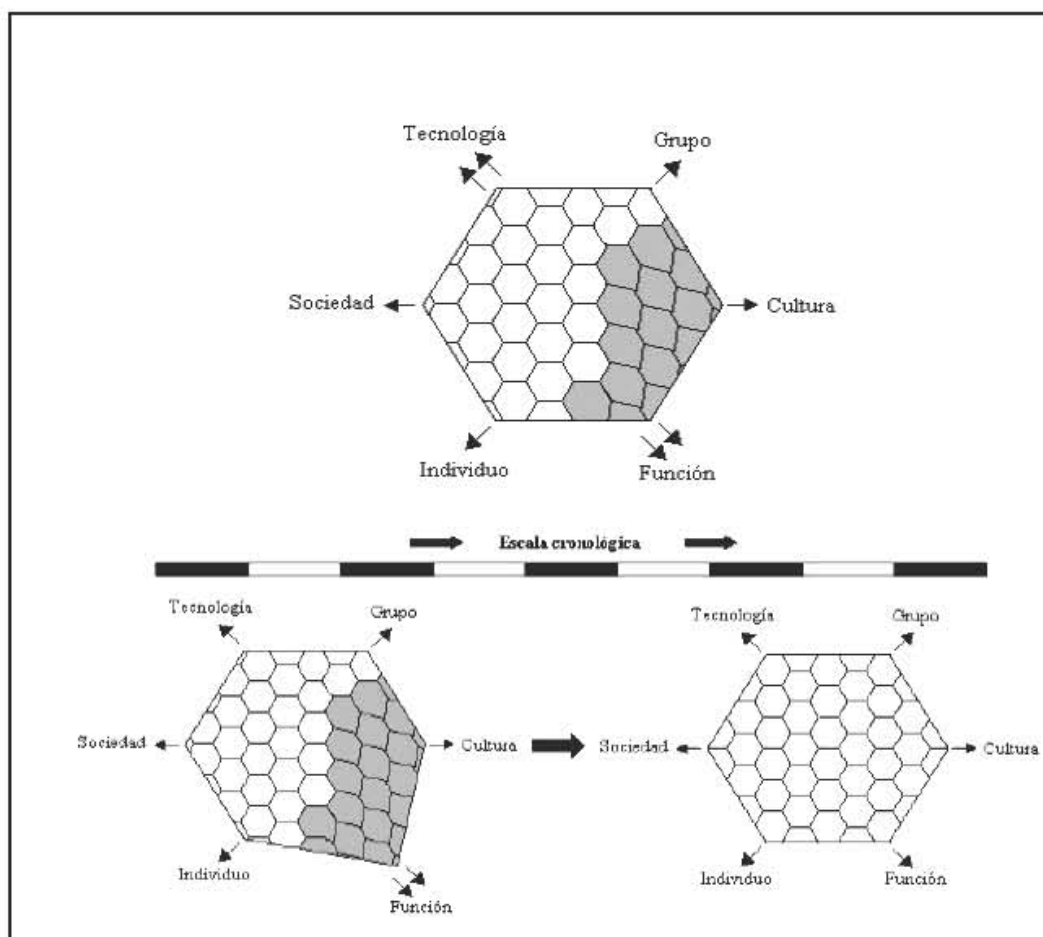


Figura 5. Simulación de evolución de objetos por impulso funcional. Arriba sin transformación cultural por reequilibrio tecnológico interno; abajo con evolución cultural por equilibrio secuencial.

2. El catálogo de yacimientos y las posibilidades de diagnóstico que ofrece. Reflexionando, por ejemplo, sobre el equilibrio propuesto al reunir informaciones dispares (establecimientos base, campamentos especializados, elementos funerarios...). En alguna ocasión ya hemos cuestionado, tomado el conjunto de datos, si es la realidad la que se somete a las apariencias o si son las

apariencias las que se aproximan a la realidad: ¿por qué tenemos lo que tenemos? Estas evaluaciones de partida nos parecen de suma importancia al encarar la reconstrucción de un conjunto cultural (así punto 8).

3. El escenario geográfico con toma de conciencia de las sobrerepresentaciones y ausencias: ¿el atlas disponible atiende a una situación cultural lógica o es producto de la virtualidad investigadora? Campañas de prospección dirigidas a un fin priorizan unos lugares y “olvidan” otros ofreciendo mapas desequilibrados que dificultan la comparación entre áreas. La cartografía del Mesolítico final y del Neolítico antiguo peninsular está incompleta y lastra seriamente las interpretaciones
4. La fuerza y proyección de la tecnología, grupo, cultura, función, individuo y sociedad, es decir, la estructura interna en la ordenación del equilibrio A (situación de partida) y del equilibrio B (situación de llegada).

Es en el enfrentamiento de las estructuras de partida y llegada donde deberíamos encontrar la clave de la secuencia cultural y su explicación. La dificultad estriba en desentrañar:

- I. la interrelación de las variables que (ver anterior punto 3) siguen movimientos arrítmicos proponiendo en el tiempo distintos modos de unión;
- II. los procesos de equilibrio susceptibles o no (punto 5) de provocar movimientos culturales y la multirelación entre las fuerzas (figuras 6 y 7);

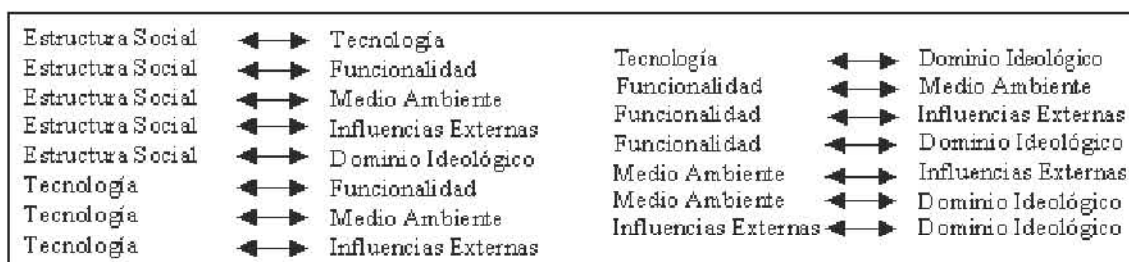


Figura 6. Relación de fuerzas que intervienen en la generación de una estructura cultural.

- III. lo que es particular de un yacimiento con lo que es general de una serie (siendo esencial el análisis detallado de los anteriores puntos 1 a 3). Así, para dos lugares contemporáneos y geográficamente próximos uno de perfil equilibrado/normalizado y otro desfigurado (Figura 8), debe sopesarse si:
 - Posibilidad 1ª: B complementario de A (en nuestro ejemplo por especialización funcional) de donde Cultura Arqueológica es igual A+B (o al conjunto de lugares A más la serie de sitios B);
 - Posibilidad 2ª: B opuesto de A, por pertenecer a estructuras diferentes (y no equilibrada aún la segunda), deduciendo dos situaciones

culturales, una organizada por la suma del conjunto de yacimientos A y otra por adición del tipo B.

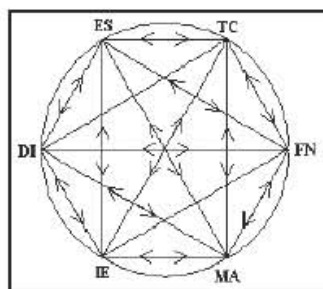


Figura 7. Representación simbólica de la relación de fuerzas en una estructura cultural. ES = Estructura Social; TC = Tecnología; FN = Funcionalidad; MA = Medio Ambiente; IE = Influencias externas; DI = Dominio Ideológico.

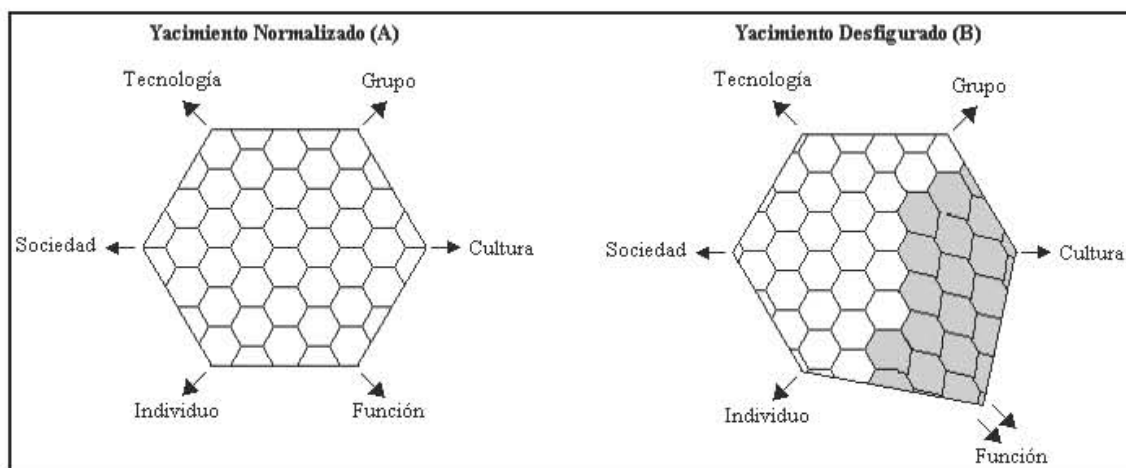


Figura 8. Yacimiento tipo normalizado a la izquierda y desfigurado a la derecha.

No es a menudo fácil dirimir ante qué posibilidad estamos pues el caso B puede responder a situaciones diversas: especialización, transformación inacabada, contactos externos con introducción de objetos o movilidad de algunos de los tradicionales (¿aculturación? ¿colonización?), defectos documentales... Cada lugar ofertará registros arqueológicos diferenciados pero no es sencillo asegurar si se debe a filiaciones complementarias o diferenciadas: en las reflexiones sobre qué es o qué no es neolítico según agregados materiales suele pasarse por alto esta consideración, tomando como estados culturales independientes lo que pudiera ser complementariedad (punto 12).

3. Las materias primas y la conciencia de producción en el Neolítico.

En el Neolítico *se descubre la capacidad de producir* y no sólo para cubrir las necesidades alimenticias. Los excedentes agropastoriles además de generar riqueza *per se* detraen energías favorables al desarrollo de nuevas actividades: el potencial de transformación (y producción) sobre la naturaleza se traslada también hacia productos abióticos. Así respecto al pasado paleomesolítico cuando la manipulación de rocas tenaces y de carcasa ósea era suficiente para garantizar las obligaciones tecnológicas, se afanan ahora en la búsqueda de materia prima de excepcional calidad, rocas semipreciosas, bancos de arcilla para cerámica o enlucido de suelos y paredes, recursos metálicos (trabajado por martillado para elaborar bienes de adorno)... El Neolítico desata una intensa actividad subterránea, se reconocen las posibilidades del subsuelo y, con esfuerzo social, se inicia el **dominio sobre la naturaleza visible e invisible**.

Hay respecto al sílex antecedentes de una básica minería paleolítica (Nazlet Safaha, Egipto, *circa* 38000 – 37000 -Veinmersch, Poulissen y Van Pear, 1995-) que resulta excepcional en su época. En la explotación del renombrado sílex *Grand Pressigny* los grupos paleolíticos recogían nódulos frescos que los procesos erosivos arrancaban; en las fases neolíticas se practicaron verdaderos *actos mineros* excavando fosos de hasta 1 y 2 metros de profundidad para alcanzar las frescas vetas (Pelegrin, 2002). Posiblemente un paisaje holocénico más boscoso que camuflaba los bloques está detrás de la nueva estrategia: se sospecha que la actividad minera fue estacional –se ha dicho también para otros casos- pues las condiciones climáticas invernales fomentan el embarramiento de las tierras imposibilitando las extracciones. Sólo en una economía con excedentes garantizados y/o un buen sistema de almacenaje, son posibles tareas de especialización como la anotada.

Desde el Neolítico asistimos a un proceso exhaustivo de búsqueda y extracción de nuevas materias, su introducción en el circuito tecnológico, su relación con nuevos modos de producción y encadenamiento a otros materiales y series instrumentales (percutores, picos, mazos, espátulas...). Es una dinámica perfectamente planificada en sus objetivos y procedimientos, estructurada en sus fases y especializada. Los tres conceptos (planificación, estructuración y especialización) marcan la diferencia en el interior del Neolítico: a medida que se acumulan los ejemplos se confirma que el cambio de **actitud respecto a la materia prima se da avanzada la época**: por ejemplo en la gestión de sílex, referido al caso francés, se observa una continuidad entre el Mesolítico y el primer impacto Neolítico, los nuevos modos se hacen evidentes a partir del Neolítico avanzado (Philibert, 2002).

Es de interés retener esta afirmación al ser coincidente con lo observado desde otras perspectivas: me parece que la idea se ajusta bien a lo conocido en el contexto peninsular y se extiende a varias esferas. Por ejemplo para el País Vasco según lo visto: **en la estructura industrial** (en lo lítico no se da una neta ruptura tecnopológica entre el Mesolítico geométrico

y el inmediato Neolítico inicial, las renovaciones se habría llevado a cabo con antelación); en **los planteamientos territoriales** (según se valora en Alday, en prensa b, para la elección de los emplazamientos y los caracteres de las áreas de captación del Mesolítico final-Neolítico antiguo por una parte y del Neolítico avanzado-Calcolítico por otra); o en **lo económico**. Los cambios operados en el valor de la materia prima y en su gestión se relaciona, no cabe otra posibilidad, con la renovación general de la arquitectura cultural: de la base socioeconómica, territorial e ideológica y se manifiesta netamente avanzado el neolítico.

El análisis de las materias primas propias aclara el sistema de uso del territorio inmediato –acceso, cuantía...- en complementariedad con las acciones domésticas; el de las bases alóctonas informa o bien sobre la movilidad de las poblaciones o bien sobre el entramado de relaciones habidas entre los grupos. En este segundo caso, más que en el primero, además de averiguar los mecanismos de llegada de los productos conviene acercarse al orden social que permite y fomenta dichos trasvases, en la sospecha de que el préstamo de objetos constituye una de las caras en las interacciones grupales. Interesa reconocer el contexto de los materiales intercambiados (cotidiano, funerario, simbólico...) y extraer conclusiones del tipo: grado de selección de las permutas; direccionalismo a determinados individuos o estamentos; duración y cambios de ritmos en las conexiones... Y atender también a:

- A. Las cualidades de los objetos que se truecan, con especial énfasis en cuanto a la materia prima que los sustenta, asumiendo que con frecuencia su excepcionalidad, dificultad de acceso o particularidades específicas es traducción de su valor social;
- B. Las razones justificativas: ¿por qué? ¿para qué destino? ¿de naturaleza básica, funcional o mental?
- C. El mecanismo que encauza/promueve la circulación: ¿a cambio de qué –si pueden fijarse contraprestaciones- otros materiales? ¿quién lo dirige o controla? ¿es espontáneo o inducido? ¿desde el centro de origen al de destino cuántas personas (o grupos) intervienen?...

Varios de estos asuntos, en su implicación neolítica serán desarrollados más adelante (así en los puntos 10, 6 y 5) para, tal vez, poner en tela de juicio las calificaciones culturales que se pretenden ante la presencia de determinados objetos.

4. Estructuras materiales y neolítico: algunos interrogantes.

Si aceptamos la definición de cultura arqueológica vista en el punto 2, debemos cuestionarnos en primer lugar ¿cuál es la capacidad de los agregados instrumentales para identificar unidades culturales y observar su evolución? O en detalle ¿cuál su potencial para distinguir comunidades que coexisten y comparten bastantes similitudes? ¿Cómo diferenciar a

través de los conjuntos de artefactos lo que es evolución, convergencia, transformación material o movimiento de personas? ¿Hay acaso una respuesta posible desde las herramientas o son además necesarios otros apoyos –estratigrafía, cronología, medioambiente...- en el debate?

La resolución de los interrogantes no es baladí: afecta directamente a la explicación de los procesos. Así la reflexión sobre *la progresión de las formas agropastoriles europeas debe reconocer ineludiblemente su deuda para con la cerámica: el conocimiento de la neolitización no es otra cosa que el conocimiento de la “ceramización”*, es él –y a veces poco más- quien determina las facies, los ritmos y la profundidad del fenómeno. Debemos entonces caer en la cuenta de la debilidad del sistema de evaluación, al reducir los términos en discusión (Mazurié de Keroualin, 2003: 80), y reconocer que en buena medida las rupturas y continuidades (es decir los ritmos) son deducidos desde criterios preelegidos (complejo cerámico tal o cual), con inseguridades y lagunas importantes y riesgo de argumentaciones circulares. Y resulta paradójico que después el ingrediente cerámico no se considere lo esencial en el nuevo ciclo cultural, tan sólo uno de sus ingredientes.

La construcción de síntesis culturales halla en los conjuntos materiales su fundamento, con auxilio de las mediciones cronológicas, pero a menudo desde los agregados son varias las posibilidades interpretativas, así las respuestas a los interrogantes relacionados no superan a veces la mera especulación: en la comparación de registros arqueológicos de estructura diferenciada que se presumen contemporáneos ¿qué es divergencia cultural y qué variabilidad funcional por acciones complementarias de un grupo? ¿En qué medida las variaciones regionales son señas de identidad de bandas, tribus o entidades? O de otra manera ¿deben tomarse las pluralidades entre categorías como resumen de realidades sociales distintas? Y si ciertamente acordamos la sincroneidad de comunidades ¿somos capaces de diseñar sus fronteras, medir sus permeabilidades, persistencias o mutabilidades?

5. Movimientos materiales, movimientos culturales, movimientos de personas.

Dado que la identificación del progreso neolítico se realiza básicamente según la transmisión cerámica, estamos obligados a formular preguntas del tipo: ¿qué circula el material o las personas que los portan? ¿Por qué caminos y con qué ritmos? ¿Cuál es el fin de la entrega? ¿Cuál el papel jugado por los grupos emisores respecto a los receptores? ¿Cuál el impacto social, tecnológico u otro que provocan los nuevos objetos?... Las respuestas dependen de cada circunstancia, pero en la distribución de artículos a lo largo del Neolítico parece atenderse a ciertas pautas, o es lo que se desprende del cruce de opiniones de autores que trabajan sobre el particular.

Cauvin (2002) señala para la obsidiana del Próximo Oriente Asiático un aumento de su distribución a medida que avanza el Neolítico, llegando en el PPNB reciente desde las fuentes de Capadocia y Anatolia hasta el poblado de Beidha, ubicado a un millar de kilómetros (¡y a

Chipre!). El mismo fenómeno se observa mediado el neolítico en el escenario europeo respecto al sílex *Grand Pressigny*, que alcanza puntos alejados de Bretaña, Suiza o Bélgica (Pelegrin, 2002), las rocas tenaces bretonas (Le Roux, 1999), las hachas de sílex Bergeracois, o a la variscita de Gavá (Villalba, Edo y Blasco, 2001): sus extensiones territoriales se incrementan con el tiempo.

Una segunda constante refiere el hecho de que la distribución afecta tanto a la materia prima en bruto como a objetos manufacturados: la condición se repite en similares coordenadas en todos los ejemplos aludidos. En puntos cercanos a los de extracción hallaremos productos elaborados y no –presumiendo desplazamientos directos hacia los afloramientos-, y cuanto más alejado esté el lugar de recepción disminuyen los fragmentos en bruto –sólo tendremos útiles terminados-. En esta dinámica es habitual que en las proximidades de las canteras se ubiquen talleres de transformación (se ha señalado para el sílex *Grand Pressigny* y la dolerita de Plussulien).

Tal vez durante el Calcolítico no se reconstruyeran todos los sistemas de distribución pero si se atisban variadas formas de proceder. El campaniforme, como exponente revelador de conexiones interculturales, ha centrado los debates: vías de acceso, filiación y orden de las variantes, significado³... Analíticas recientes sobre las pastas de los recipientes demuestran que son raras las circulaciones de vasos y sí de las técnicas y modelos iconográficos, como tal vez a pequeña escala de personas: se recurre a fuentes locales y no hay diferencias entre los barros de vasos campaniformes y de la vajilla cotidiana. Salanova ha demostrado, según evaluaciones químicas de medio centenar de recipientes del Sud-Finisterre, que sólo un 9% de los productos se soportan en tierras autóctonas, deduciendo que el 90% se fabricaron en la región y, al menos en muchos casos, expresamente para el ritual de enterramiento (Salanova, 2002: 158-159 y 126)⁴. La evidencia informa con frecuencia el uso de recursos ubicados a un decena de kilómetros (Convertini y Querré, 1998).

Ahora bien, como el campaniforme no es un todo monolítico son denunciabiles más situaciones: ¿cómo explicar el hallazgo en sepulturas individuales del norte de Francia de cuatro vasos de estilo renano? ¿Son importaciones en un feudo donde dominan producciones clásicas o reflejo de la llegada de extranjeros que fueron enterrados con lo que eran sus pertenencias? En otros casos, a falta de exámenes químicos, la precisa dirección que sigue la distribución de los campaniformes –la definida por el interior peninsular para los vasos marítimos y mixtos me parece muy evidente (Alday, 2001)- da a entender **trasvase específico de los artículos**.

Esta incursión en el Calcolítico nos enseña que en la expansión de elementos arqueológicos distintos mecanismos (importación, movimientos démicos, copia...) obtienen similares resultados cartográficos. Informa también que la distribución de materiales de especial significado llega a afectar a unidades grupales diferentes siempre que haya mínimos puntos comunes en sus estadios evolutivos, y que en sí misma no origina mutaciones culturales.

Deberíamos tener en cuenta este mismo abanico de posibilidades interpretativas al interesarnos en la transición mesoneolítica: modos de intercambios, naturaleza y capacidad de transformación, pues como nos dice el campaniforme distintas prácticas ofertan parecidas resoluciones aunque respondan a causas bien diferentes. Lo llevaremos a nuestro terreno al tratar el papel de lo cardial en la expansión neolítica peninsular.

6. El valor de los objetos intercambiados y de los propios.

¿Por qué ciertos objetos alcanzan repartos kilométricos y se sobreponen a diversos contextos culturales y geográficos? ¿De qué cualidades están revestidos? En muchos casos *el valor otorgado es un hecho subjetivo, social*, independiente del artículo y por encima de su función cotidiana: le es dado atendiendo a la rareza de la materia prima, dificultad de elaboración, capacidad para transmitir un mensaje, personalización que ofrece al individuo, significado ideológico-simbólico... En dos breves ejemplos recogemos la importancia acordada a objetos neolíticos, para el Rubané por una parte y para con el sílex *Grand Pressigny* por otra.

La recolección de *spondylus*, y en menor medida de dentalias, es un rasgo típico del Rubané, que prescinde de otros gasterópodos neríticos que conviven en los mismos hábitats. Da la sensación de que intencionadamente se excluyen como adornos aquellas conchas marinas con réplicas formales entre los fenotipos terrestres, marcando claramente el exotismo de la procedencia de los elegidos: no puede aquí tanto la forma, el colorido o la tecnología de trabajo, sino su rareza y vinculación a un medio no cotidiano: el valor deviene de su calidad simbólica.

La explotación neolítica de sílex *Grand Pressigny* está íntimamente ligada a la confección de grandes láminas (superan los 20 centímetros y destacan por la regularidad de sus filos y lo cuidado de su trabajo) sin un claro uso práctico. Desde el punto de vista tecn-económico sería más rentable la elaboración de útiles de menor tamaño: por necesitar nódulos de talla más pequeña, por el mejor aprovechamiento de los núcleos que ahora son abandonados mucho antes de llegar a su agotamiento efectivo dada la imposibilidad de obtener soportes largos, por el inferior requerimiento técnico exigido, por la mayor rapidez de ejecución y por el menor grado de pericia artesanal debido. Pudieran sustituirse por instrumentos de módulos más menudos y susceptibles, si fuera el interés, de montarse en línea: objetos que alcanzarían con menos coste la misma efectividad que las grandes láminas y, en caso de rotura, serían de más fácil restauración. Se deduce así la decisión cultural que se esconde detrás de estos artículos de lujo: adquieren un valor suprafuncional ligado a su estética, rareza, complejidad técnica y, lo que fuera tal vez mas importante, al concepto de posesión y producción de un bien innecesario en sí mismo pero que requiere el concurso de especialistas y aprendices sobre los que transmitir los secretos de su talla (Pelegrin, 2002).

Los ejemplos aludidos refieren la singularidad de objetos no utilitarios, pero hay autores que señalan que también en la confección de productos cotidianos se esconde un compromiso social: valor explicativo de las relaciones dimensionales y de las evoluciones formales (no siempre justificadas desde la técnica o la eficacia).

Rozoy explica que en las industrias mesolíticas, y la idea es de aplicación a las heredadas neolíticas, las diferencias tipológicas en contados instrumentos (las armaduras específicamente) son expresión de voluntades sociales (Rozoy, 1978), a la vez que *les compositions ... expriment ainsi la puissance inventive toujours renouvelée de ces libertaires impénitents, traduisant la poursuite de évolution du cerveau humain* (Rozoy y Rozoy, 2002: 123). Bajo el mismo razonamiento es opinión de Philibert que la progresión de los útiles líticos no tiene necesariamente relación con el logro de una mayor rentabilidad, atiende a decisiones socioculturales que revisten al útil de un valor añadido más ideológico (virtual) que real, y aunque la tecnología es importante en la mutación de las formas bastante es lo que interfiere la cultura: “la efectividad del útil no depende en exclusividad de la armadura... no puede caerse en un funcionalismo exagerado”; [en el periodo que analiza] “no hay modificación en los usos de los instrumentos por más que varíen tamaños y tipos [ni entre los objetos comunes -raspadores- ni en los especializados -proyectiles-] la renovación del instrumental obedecería a otras causas” (Philibert, 2002: 11-12 y 133-134).

Deberíamos concluir entonces que, de no mediar factores externos condicionantes, en la evolución industrial hay un básico componente social. Y, por otra parte, que en un yacimiento dado la sobrerrepresentación de unos objetos frente a la ausencia de otros es más indicación de especialización que de compromiso cultural. Retomando a Philibert (2002: 135) el estudio traceológico de varios yacimientos mesoneolíticos, entre sí contemporáneos pero con significativas diferencias compositivas, indica que el 90% de los instrumentos se relacionan con la explotación de bienes animales, achacando la falta de algunas piezas a la no realización de ciertas tareas (la carencia de raspadores revela un desinterés en el trabajo de la piel), concluyendo que sólo la guía tipológica no es suficiente para trazar líneas evolutivas o sustentar organizaciones culturales.

El asunto tiene su interés, y volveremos a él, pues compromete seriamente a la definición de *neolítico puro* frente a *mixto* y a *mesolítico neolitizado* (según estimaciones instrumentales). Por ejemplo, cuando en el interior de una secuencia estratigráfica asistimos a sustituciones del aparataje material se propone un cambio en la asignación cultural de los niveles, sin embargo la tendencia a realizar en cada estrato similares tareas (según las posibilidades que ofrece cada entorno) reduce las distancias hasta poder dudar si se está ante una verdadera transformación cultural. En estos casos debe deducirse, con independencia de las denominaciones, que:

- A. La elección del asentamiento tiene mucho que ver con el cumplimiento de unos objetivos y unas necesidades básicas ya sean, según las circunstancias, de caza, recolección, explotación de materia prima, puesta en cultivo de áreas... al margen de la calificación que merezcan los componentes. Por tanto las acciones acometidas en el sitio no variarán en exceso entre una y otra fase (así mesolíticos finales los inferiores y neolíticos antiguos los superiores), *la aparente continuidad es deudora de la especialización en el lugar aún representando a culturas netamente diferenciadas.*
- B. La variación de los objetos, sin mediar justificación tecnológica de rentabilidad o de cambio en las tareas, responde a una actitud social.

7. Objetos y lecturas simbólicas y sociales.

En el punto 5 hemos señalado dos constantes que rigen en la transmisión de objetos durante el neolítico, ahora, en la misma línea y con apoyo de ejemplos, nos interrogamos sobre el significado que se esconden tras los intercambios. Retengamos en primer lugar que los investigadores no observan en el Mesolítico final/Neolítico inicial trasvase de productos de primera necesidad (a no ser que se consideren como tal los escasísimos restos de fauna doméstica recogidos en lugares de base cazadora –Dougne–) ni de uso cotidiano: las necesidades domésticas se satisfacen desde la unidad grupal. Contrariamente se subraya el carácter “exótico” de los artículos participativos de las redes de intercambio, su aparente “no necesidad” en el día a día, derivando:

- A. El valor social más que económico;
- B. La cualidad simbólica más que mundana.

Ambos hechos se han observado ya para etapas superopaleolíticas: en Cataluña los préstamos de sílex serían manifestación de visitas a áreas de interacción social como mecanismo de consolidación de las relaciones entre los grupos (Mangado, 2002).

A aquella pregunta sobre por qué unos objetos son revestidos de un carácter simbólico-social no es fácil hallar una respuesta sencilla:

En el mundo cardial avanzado del sur de Francia son frecuentes los *anneaux en calcaire*, mientras que en el contemporáneo círculo Rubané de la Cuenca de París lo habitual serán aquellos adornos realizados bajo *spondylus*. No hay discusión sobre que los escasos *anneaux en calcaire* localizados en contexto Rubané son de origen mediterráneo: tanto por lo que se refiere a su concepción y tipología como a, y es aún más determinante, la materia prima. Posible es que esta circulación sur-norte haya beneficiado así mismo a los colgantes sobre *Columbella rustica* que alcanzan desde las costas mediterráneas tierras interiores (Constantin y Vachard, 2004) pero ¿por qué no a otros artículos? ¿por qué no hay, por

ejemplo, transferencia de vasijas –recordemos que es a través de ellas como personalizamos y diferenciamos a ambas entidades- del tipo cardial hacia lo Rubané y viceversa? ¿Acaso se quiere preservar y no hacer partícipes a otros del elemento que mejor identifica a cada una de los complejos? ¿Tal vez los *anneaux en calcaire* gozaron de una expresión simbólica mayor que el resto de los componentes materiales o simplemente era más fáciles de transportar? ¿O reconocen expresamente un estamento social? ¿Y a cambio de qué se recibían dichos productos? A cambio de nada que al menos sea tangible arqueológicamente habrá que pensar, pues nada se ha identificado entre lo cardial como propio de lo Rubané. Entonces, en el caso de los artículos que nos ocupan, ¿habrá que proponer que lo transferido no era tanto el ornato como el portador del adorno? Pero en cualquier caso ¿por qué sólo en una dirección?

Precisamente los elementos para el adorno personal sometidos al “capricho” de las modas, por tanto susceptibles a cambios rápidos en materias, formas, composiciones y usos, sirven de marcadores de las manifestaciones sociales y simbólicas de los grupos. Construyen un codificado sistema de información entre quienes los portan, los entregan o simplemente los observan: vehículos de expresión revestidos de carga simbólica. Conocida la industria del ornato desde los inicios del Paleolítico superior (la colección más antigua, *Nassarius kraussianus* perforadas de la cueva surafricana de Blombos, data de hace 75.000 años, y en el gravetiense se sabe de circulaciones de adornos de en torno a los 800 kilómetros –Alvarez, 2002-) será durante el Mesolítico avanzado y con mayor fuerza aún a partir del Neolítico cuando se reconozca su despegue.

Los cazadores-recolectores disponen de abalorios de muy simple elaboración: dientes, conchas y huesos perforados sin apenas manipulación de la base material, que es fácilmente identificable. A partir del Neolítico, y claramente desde fases avanzadas, asistimos al desarrollo de adornos con formas arbitrarias en donde no siempre es reconocible la naturaleza del soporte contrastando vivamente con el estadio anterior. Así pues la evolución de los adornos refleja bastante bien el cambio de la mentalidad neolítica:

- A. Por la manipulación que se hace de la materia prima: se transforman, *se domestican* (como a las especies vegetales y animales) recreando un nuevo orden;
- B. Por la búsqueda de bases más exóticas y no siempre visibles (hay que modificar la naturaleza, rebuscar en el subsuelo para su hallazgo) dotando a los objetos del *plus* del trabajo y la producción.

La conjunción de ambas fuerzas (formas humanizadas y base material opaca) son ingredientes que refuerzan el poder social de unos artefactos concebidos para ser exhibidos.

Siendo los adornos objetos ostensibles en el registro arqueológico, no resulta difícil al investigador seguir sus pistas y definir con cierta precisión la dirección y fluidez de los intercambios. Sirven también en la reflexión de las desigualdades sociales que se entrevén con la formación del neolítico, como contraste a la tendencia igualitaria de los grupos cazadores-recolectores.

Las minas de Can Tintorer: ha sido frecuente el hallazgo en los ajuares de las necrópolis neolíticas y calcolíticas de cuentas y colgantes sobre “piedras verdes” (la *calaïta*, término comodín recogido de textos clásicos y ausente en la nomenclatura geológica). En observaciones macroscópicas la base material se ha identificado como serpentina, serpentinita, variscita, turquesa, talco... El descubrimiento en los años 70 de las minas de Can Tintorer y el análisis petrográfico de muchos de los antiguos hallazgos (Edo, Villalba y Blasco, 1992) evidenció que la explotación catalana fue un centro neurálgico en la extracción de variscita (y rocas próximas) y de su distribución por el cuadrante noreste de la Península Ibérica. Los trabajos mineros fueron especialmente activos durante el Neolítico medio-final y el Calcolítico precampaniforme, aunque se suponen acciones anteriores –no refrendadas en el yacimiento– ante la constancia de variscita de allí en conjuntos prehistóricos algo más antiguos (Olvena y Cova dels Lladres). Un hecho significativo que informa sobre el valor social de los productos es su recepción sobre círculos culturales diversos: desde el centro de extracción, o tal vez desde El Vallés si ciertamente actuó como punto de control y distribución de soportes y artículos (Villalba, 2002), la variscita se repartirá siguiendo fundamentalmente tres vías, pero con desigual grado de fluidez.

Los hallazgos de variscita son habituales en contextos funerarios de diversa concepción, reincidiendo en su carácter unificador por encima de las especificidades culturales que imperen en cada sitio. En tumbas acumulativas difícil es aliar los adornos con las edades y sexos de los inhumados; en enterramientos individuales puede ensayarse el juego entre las variables, habiéndose comprobado que en el interior de una misma necrópolis son sensibles las diferencias en la propiedad de variscita, significativamente a favor de los restos infantiles si nos fijamos en Bobila Madurell: en bastantes de las ocasiones, además, el acopio del mineral es coincidente con el hallazgo de otros materiales de procedencia exótica (obsidiana, sílex de color melado, grandes hachas).

Las reuniones en determinados individuos están en la base de propuestas que defienden estructuras sociales con desajustes entre sus miembros, marcando los inicios de la primogenitura y el linaje (Villalba, 2002). Como refuerzo a la idea de cierto grado de segmentación resulta muy interesante comprobar que entre los ajuares de los enterrados en el interior de las propias minas (presumiendo se trataban de mineros) no es nada usual el rescate de piezas de variscita, dando a entender que los extractores no son propietarios del fruto de su trabajo. La minería, que se regía por planes bien ajustados, exige un grupo humano especializado que sin embargo no parece tener control sobre la producción, y lógicamente tampoco sobre su distribución.

Cuatro son las conclusiones a las que se llega desde este primer caso: a) que la disimetría en el reparto de la variscita, sin impedimentos geográficos, indican desiguales interacciones entre grupos próximos; b) que las diferencias en la posesión de artículos entre los enterrados se relaciona con una segmentación social bien marcada desde el neolítico medio/avanzado; c) que la minería exige acciones especializadas pero no es seguro que sus actores consigan el control sobre lo producido y su distribución; d) que los procesos descritos ocurren avanzado el Neolítico, no en sus fases iniciales que, también respecto a los adornos, se asemeja al Mesolítico final.

Ya hemos indicado que en el complejo Rubané antiguo el *spondylus* es una de las señas de identidad: su selección junto a dentalias evidencia una primera elección cultural. Sin embargo en el área suroccidental de desarrollo del Rubané el *spondylus* es sustituido por otros gasterópodos (*Theodoxus*, *Zebrina*): se ha ensayado explicar estas divergencias en el seno de una misma entidad apelando a procesos diferenciados en el implante de la cultura, específicamente por el papel jugado en ella por los “autóctonos” (Jeunesse, 1995).

En el Mesolítico de la Península Ibérica, la mayor parte de Francia y el sudoeste de Alemania los adornos se resumen a conchas perforadas; más al norte y al este lo habitual serán los dientes perforados: las diferencias regionales son, pues, notorias. Se entiende que la llegada de lo danubiano, allí donde afecte, imponga nuevos elementos simbólicos, relegando a un segundo plano los tradicionales mesolíticos –lo cual parece lógico, pues sólo una “aniquilación” física de los grupos autóctonos los hubiera eliminado al completo-. Pero con el tiempo, en el desarrollo del Rubané, aquellos símbolos mesolíticos que permanecían larvados tienden a recuperarse (Jeunesse, 1995 para el núcleo clásico del Rubané y 2003 con referencia a la Cuenca de París) ofreciendo un sincretismo en la unión de las viejas formas recuperadas con las nuevas neolíticas: en esta dinámica es significativo que aquellas diferencias que se daban entre los últimos cazadores según áreas geográficas vuelvan ahora a instalarse.

Dos muy interesantes lecturas queremos mostrar: a) **el Rubané se desarrolla sobre medios mesolíticos sin llegar a su anulación:** así los adornos sobreviven en el interior de las nuevas propuestas; b) **la recuperación de los viejos modos simbólicos tras el primer impacto neolítico:** se acogen progresivamente novedades económicas e instrumentales pero permanecen relativamente estables las tradiciones (o elementos) que identifican a las viejas poblaciones (y el asunto obliga a la reflexión sobre el sistema de neolitización y la participación, que parece decisiva, de los grupos autóctonos). Y el caso Rubané sería extensible, con ejemplos similares, a otras áreas.

Las modas, gustos, trasfondo ideológico son las principales causas que propician las renovaciones del aparato ornamental, y como expresión que son de la imagen mental de la sociedad que los elabora, los cambios en materias, formas, dimensiones y composiciones

traducen regeneraciones conceptuales de los grupos. Queda dicho que los adornos mesolíticos son de elaboración mínima y muy representativa del mundo material y natural inmediato y formalmente reconocible. En el Neolítico, y nuevamente **mejor en las fases avanzadas** y su prolongación Calcolítica, asistimos a la elaboración de ornatos sobre bases tan manipuladas que no siempre es sencillo reconocer el sustento material. Parece así intencionado el ocultamiento, o mejor, la transformación del medio al que pertenece el soporte. Los adornos más solicitados serán aquellos que exigen mayor inversión y cuyas materias primas son más difíciles de localizar (minas), obligando a la transformación del subsuelo mediante fuertes inversiones laborales (trabajos mineros) y no poca especialización (mineros). Los nuevos abalorios tienen la voluntad de recrear un naciente orden, a la vez que se dotan de un valor económico nada desdeñable que no los hace accesibles en las mismas condiciones a todos los miembros del grupo, evidenciando el hecho por las acumulaciones sobre determinados individuos. Una revolución simbólica que conecta bien con la revolución económica, social e ideológica con la que revestimos al neolítico.

Asistimos al enfrentamiento de dos concepciones mentales: el paso del adorno simple perforado a los complejos atavíos compuestos es la oposición entre la naturaleza virgen y el poder de transformación de lo salvaje (la humanización del medio), o dicho de otro modo, la supremacía de lo cultural frente a lo natural (Hodder, 1990), fuerza dominante a partir del neolítico. El modelo económico neolítico se basa, y es exitoso, desde el momento en el que se reconoce el trabajo como organizador y garante de los logros: se le valora como bien en alza del que depende la transformación del biotopo vegetal y animal y establece nuevas relaciones entre el hombre y los contextos.

8. Objetos muertos y culturas vivas.

En prehistoria la cultura material que se procesa en la construcción de las síntesis está muerta: ha sido abandonada conscientemente en las deposiciones funerarias o como punto final de su vida útil en lo doméstico. Advertía hace tiempo Binford (1988: 23) que uno de los retos del arqueólogo es la lectura dinámica en la evolución de las sociedades desde unos documentos estáticos (los materiales y sus asociaciones). Se ha calificado esta propuesta de trivial (pues en muchos aspectos la documentación histórica no se aleja de la prehistórica) pero no está demás tenerla implícitamente presente cuando tratamos de crear rígidos tableros industriales o comparativas entre yacimientos y/o épocas.

Para solventar la estática material ante un problema arqueológico lo primero será preguntarnos por la calidad de los datos que manejamos y su capacidad de diagnosis –pues a menudo lo oculto, lo no conocido, es muy significativo-. En dos ocasiones, al enfrentarnos a situaciones prehistóricas del área vasca y valle del Ebro, hemos llevado al extremo –quizá al

absurdo- los argumentos documentales disponibles para revelar la debilidad de las hipótesis que se quería contrastar, y las cautelas a las que nos debemos:

En la reconstrucción del mesolítico de la Alta – Media Cuenca del Ebro, un periodo en torno a cinco milenios, subrayé: a) que sólo tres yacimientos reunían todas las unidades básicas, no estando ninguno publicado en detalle; b) que el cociente entre el número de fragmentos óseos identificados según especies entre la distancia temporal absoluta de los yacimientos, da un reparto de 2,7 huesos por año –número ridículo para garantizar la supervivencia de los grupos-; c) que un cálculo similar tomando las piezas líticas retocadas da ahora 0,9 utensilios por año; d) que considerando la capacidad de acogida de los sitios conocidos suponemos, asumiendo una discutible coetaneidad, una media de 200 individuos sobre más de 300 kilómetros lineales. Nos preguntábamos entonces si acaso los elementos de juicio eran suficientes para proponer modelos generales, advirtiéndolo de todas formas que, por el acúmulo de información, el área analizada es la de más sólida documentación para la época de toda la Península Ibérica (y supera a la de bastantes otros rincones de Europa).

La constancia radiocronológica de un único yacimiento *circa* el 6000 BC en el litoral vasco, con un fragmento de cerámica cardial, permitiría la inadecuada afirmación de que el 100% de los sitios de la región se afiliaría a dicho complejo, cuando en verdad lo incoherente de la situación es la escasez documental (Alday, 2003).

Los ejemplos transcritos son exportables a bastantes otros estudios que sintetizan los datos de un periodo o territorio: a menudo la solidez de los modelos descansan más en la brillantez expositiva que en las posibilidades reales del registro analizado.

¿Con qué se relaciona la capacidad resolutoria del registro fósil? Suponemos que según sea la intensidad y duración de la estancia en un lugar –esporádica o continua; repetida o puntual; corta o larga...- los grupos planificarán con mas o menos detalle sus estrategias – adecuación del sitio, hogares, variabilidad industrial...- lo que se traducirá directamente en la cantidad y naturaleza de los desechos que restan en él. El conocimiento de la funcionalidad del campamento que se estudia y su complementariedad con otros es de sumo interés para reconocer el grado de confianza que ofrece en su definición cultural y en el cotejo con otras colecciones.

En opinión suscribible de González Rubial (2003: 417) la naturaleza de los desechos se relaciona íntimamente con la actitud que una sociedad mantiene con “la cultura material con la que vive (que valor otorga a los objetos, la existencia de vínculos afectivos)... ‘de ello’ depende, en buena medida la información del registro arqueológico”.

En yacimientos de visitas reiteradas, como son muchos de los situados entre finales del Mesolítico e inicios del Neolítico, los artículos hallados responden a diversas estrategias:

- abandonados como resultado de procesos acabados: aunque su vida útil no esté agotada no interesa su traslado hacia otros lugares;
- deteriorados e inservibles;
- los que no se desean (o no pueden) transportar por su peso o estructura, con independencia de que en una futura visita se reutilizaran (arquitecturas para fuegos, leños, molinos, percutores, morteros...).

En los ejemplos de “reducción al absurdo” de las realidades documentales se trataba de reflexionar sobre las cualidades de los inventarios arqueológicos como paso previo a las interpretaciones culturales, derivando posteriormente el discurso hacia las capacidades de diagnosis del catálogo material de un yacimiento y el concepto de “basura” en arqueología: queríamos, por un lado, subrayar la humildad de los documentos a disposición del investigador y los límites que debe fijar a sus propuestas y, por otro, reconocer en alguna medida el papel que los desechos tiene (o les otorgamos) en la construcción de identidades (González Rubial, 2003: 430) y en sus contradicciones (observando que las discrepancias entre registros se relaciona directamente con la especialización de los lugares y con la actitud de la sociedad frente a los residuos). En las reflexiones sobre lo que es basura arqueológica dos son los enfoques más clásicos: uno incidiendo en el carácter simbólico que, a pesar de todo, los objetos pudieron encerrar (Hodder, ver punto 5) el otro observándola simplemente desde el punto de vista de la funcionalidad (Binford, punto 12).

9. Objetos y definición cultural.

La definición cultural de un nivel (o sitio) se justifica ante la presencia de muy determinados ítems que, dotados de una especial relevancia, “arrastran” a la totalidad del conjunto material. ¿Es lógica y unívoca esta forma de actuar? O dándole la vuelta al argumento, tomándolo por lo pasivo, ¿la ausencia de un objeto marcador imposibilita a un yacimiento su inclusión en un ente cultural preciso? Enfocadas las preguntas sobre el neolítico peninsular inciden, en el papel que conferimos al cardial como símbolo y justificación de pertenencia a un estrato cultural, y en consonancia la ausencia del modelo cerámico implica la exclusión en dicho círculo de conjuntos arqueológicos (o hasta del mundo antiguo neolítico, operación que con mucha frecuencia se lleva a cabo para preservar la identidad de la facies). En definitiva, *se niegan alternativas a lo cardial*.

El hallazgo en 17 metros cuadrados de excavación de 18 fragmentos cerámicos de un **único recipiente** con decoración de *cardium*, tal y como se da en el abrigo de Peña Larga, ¿es argumento suficiente para vincular la formación neolítica del sitio en particular, y de la región en general, en dependencia directa con el área mediterránea? Así lo hemos creído repetidamente desde la lógica establecida, pero ¿ante qué estamos realmente, ante un

yacimiento originado por grupos cardiales que se instalan en el territorio o ante un establecimiento simplemente con cardinal? ¿Podemos discernir en este y otros casos entre un “sitio cardinal o con cardinal”? ¿Tiene distinto valor el hallazgo de un vaso cardinal que el de una concha marina de origen mediterráneo? De hecho pudiera argumentarse que la vasija accedió como uno más de los elementos que circulan a grandes distancias, desde la costa al interior, durante el neolítico, y en fases anteriores: es interesante tener en cuenta en la discusión que en yacimientos vecinos y contemporáneos al de Peña Larga (los muy inmediatos de Los Husos I y II o el de Cueva Lóbrega) con registros cerámicos importantes, no se reconozca esa técnica decorativa. Definiendo Peña Larga como yacimiento cardinal debería admitirse la convivencia en el mismo espacio de estos grupos y de otros, sin ser capaces de describir sus interacciones; suponiendo al abrigo riojano como un yacimiento con cardinal la situación se simplifica y ofrece más lecturas (¿Arenaza obliga a similares objeciones?). En verdad lo cardinal, aquí y en los demás lugares, pierde su sentido si no se enfrenta cuantitativamente a otros tipos decorativos (que en el abrigo se resumen a siete fragmentos para cuatro posibles recipientes –labio digitado, labio con incisiones, panza con cordón con impresiones triangulares, panza con serie doble de impresiones ovales-)⁵.

¿La ausencia de cerámica y la fauna doméstica en Herriko Barra niega el carácter neolítico del campamento, a pesar de que su industria lítica y las referencias radiocronológicas abogan por su inclusión en el periodo?

Laporte y Picq (2002: 111) en relación con las excavaciones que desarrollaron en el Vallon des Ouchettes, se preguntaban cuál es la posibilidad de que un habitante de las casas de estilo Rubané de Cuiry-lès-Chaudardes fuera descendiente en línea directa de los agricultores que se aventuraron en las llanuras mas occidentales del Danubio. El hallazgo de materiales propios de un círculo cultural puede reflejar tanto la pertenencia-dependencia entre dos yacimientos como una simple transferencia desprovista de un significado mayor.

Deriva de la distinción entre lo que es **cardial** y lo que **contiene cardinal** –y el argumento es útil para otras situaciones en cuya definición se confía en exceso en la presencia de un artículo- la reflexión sobre la validez del carácter unificador que damos a los objetos (Román y Martínez, 1998): el proceder limita o niega taxativamente la posibilidad de espacios (pre)históricos independientes (en nuestro caso anula de partida otros tipos cerámicos como reflejos alternativos en la construcción de la identidad neolítica). Resulta, a mi modo de ver, una posición abusiva y ciertamente simplista ante un problema tan complejo como es la implantación del neolítico: la reducción de neolitización a **ceramización**, y la posterior elevación de este proceso a un plano cultural, es un inválido y empobrecido sistema historiográfico que raramente se denuncia⁶. El argumento homogeneizador cercena las posibilidades explicativas y oculta alternativas a los paradigmas creados. Así la denuncia de otras formas y modos técnicos carecen de sentido y no son objeto de discusión, desterrando de

las síntesis generales los yacimientos o niveles que no se sujetan a los criterios normalizados, planteando razonamientos circulares que luego, como vimos, se traslada al plano cronológico (punto 2).

Visualizando el problema en nuestro entorno retendremos que, en buena parte de la península, pensar en cerámicas del Neolítico antiguo es tanto como aludir a lo cardial –incentivo de uniformidad cultural-. Los lugares que ofrecen otras lecturas, cada vez más frecuentes en la literatura especializada (Willigen, 2003), son abiertamente ignorados, resumidos a un pie de nota o descalificados no siempre con argumentos convincentes⁷. En contra en Francia y Alemania está abierto desde hace un par de decenios el debate que sopesa el valor de otros estilos cerámicos (Rocoudariense, Limbourgiense y La Hoguette principalmente), aumentando las voces que manifiestan que la transmisión del neolítico no debe observarse únicamente a través del prisma Cardial y Rubané⁸.

10. Redes mesolíticas y transmisión neolítica.

El desciframiento de las redes mesolíticas es de gran interés para reconocer el (los) mecanismo(s) de transmisión de lo neolítico, pues hay general consenso, en el cotejo de diversas situaciones, de los deudos que se establecen entre ambas etapas.

En el Midi la relación Norte–Sur y viceversa, activa regularmente en el Mesolítico tardío, ofrece el acceso de las nuevas actitudes: su repercusión evidente está en la diversidad de estilos decorativos (danubianos, cardiales y otros) que convergerán en el territorio (Jeunesse, 1995). No difiere de la opinión anterior lo descrito para el valle del Ródano al enunciar que son las redes mesolíticas las causantes del flujo septentrional-meridional que formalizan los círculos Limbourg y La Hoguette (Voruz, Nicod y Cheuninck, 1995), o lo expresado para el Oeste francés (Marchand, 2000). Similares ideas hemos desarrollado para la Cuenca del Ebro.

Si ciertamente en la circulación de elementos neolíticos mucho tienen que ver las alianzas creadas en la fase anterior, y los ejemplos se acumulan, la presencia/ausencia de determinados ítems manifiestan poco más que la fluidez y dirección de aquella trama, y no es necesariamente síntoma de dependencia de unas zonas respecto a otras en la conformación de la cultura neolítica. La presente reflexión general se relaciona con las particulares a) del impacto otorgado a la presencia de un determinado objeto en un yacimiento –el debate anterior sobre lo cardial- y b) de la no variación de los ritmos de ocupación de un yacimiento aún comprometiendo niveles de cazadores-recolectores en su base y de productores en su cierre (punto 12).

Inicialmente aprovechando las vías mesolíticas se asiste a la recepción de unos pocos útiles y/o elementos económicos que definen un neolítico arqueográfico, pero una

transformación plena, que afecte a todas las esferas (neolítico cultural), se operará en una segunda fase: aparenta ser más sincrónica de lo esperado en un primer análisis, pues para su arraigo no es suficiente con su implantación en un par de sitios sino que, dada la dependencia e interacción debida entre los grupos, es necesaria la renovación de todo el entramado social y de su posición frente a la naturaleza. Argumentar lo contrario, la independencia del pasado, es tanto como aceptar la aniquilación de las familias mesolíticas (físicamente u obligándolas a un existencia marginal y la decadencia en su territorio) lo cual está lejos de ser comprobado arqueológica (y etnográficamente), y no coincide con la persistencia de símbolos de los cazadores-recolectores en el nuevo orden (punto 8).

11. Conjunto material e identidad cultural y territorial.

Si las agrupaciones materiales estables y coincidentes en el tiempo son descritas como *culturas*, las variantes tecnoformales se consideran representaciones de unidades sociales más o menos amplias. Los finos esfuerzos tipológicos para el mesolítico francobelga recogen con fidelidad tal concepto, trasladando a la cartografía un mosaico de conjuntos líticos (por presencia de elementos calificados) como referencias organizativas menores que parten de un tronco común. Es Rozoy (1978) desde su tesis doctoral el autor que con más énfasis desarrolla la idea –asumiendo que una analogía industrial básica es traducción de una analogía sociocultural–, como puede seguirse en sus textos más recientes (Rozoy, 1999): defiende que en el interior de una cultura la estabilidad industrial es reflejo de unidades sociales endógamas participativas de una comunidad de lenguaje. Las cohesiones técnicas indican relaciones constantes, intensas y preferenciales entre bandas en el seno de una cultura. Como las fronteras son permeables (la exogamia sería el vehículo transmisor⁹) la circulación de productos e ideas está asegurada. En la misma línea, para Thevenin (1995: 28) las armaduras mesolíticas son “un factor de identidad del grupo... e igualmente un factor de identidad masculina... el objeto por el que la banda o grupo se identifica”. Philibert (2002: 7) en su trabajo sobre los “últimos salvajes” profundiza, con matices, en similar argumentación: el Sauveterriense construye una gran unidad en donde las desavenencias instrumentales son marcas de variedades interculturales, lo cual no impide, sin embargo, que cualquiera de las novedades se den simultáneamente en las áreas de implantación del complejo. La estructura social base son las bandas (o grupo local de composición fluctuante y fronteras traspasables) y a nivel superior la tribu representa el núcleo de identidad social y concreta el espacio matrimonial foco de intercambios (Philibert, 2002: 3).

La propuesta de unidades sociales independientes en el Epipaleolítico se ha abordado también desde lo funerario: las convergencias en los ajueres de Arene Candide y Malataverne sugieren la integración de dos grupos en una unidad cuya naturaleza (tribu, grupo étnico, familia lingüística) y fronteras queda por identificar (D’Errico y Vanhaeren, 2000: 339).

¿Podiera defenderse similar fragmentación social a través de los registros instrumentales neolíticos? No es fácil la respuesta, tampoco los autores han incidido con intensidad en estos aspectos: la mayor monotonía de los componentes líticos reduce la formulación de hipótesis tan atractivas. ¿La presencia casi exclusiva de segmentos en al área alavesa (Alday, 1999), triángulos sonchamp en la pirenaica (Cava 1997), elementos “tranchants” en Aragón (Utrilla y Rodanés, 2001-2002) o trapecios en Cataluña (Bosch *et al.*, 2000) serían coetáneas marcas de filiaciones distintivas en el área central y oriental del norte peninsular?

La lectura de los elementos cerámicos ha servido de reflexión para con el tema: recuérdese que el progreso del final del Neolítico en el Próximo Oriente atiende a la evolución de los componentes cerámicos distinguiendo unidades sincrónicas y diacrónicas a un tiempo (Protohassuna, Hassuna, Samarra, Halaf...). Hoy en día frente a visiones excesivamente monofiléticas para el neolítico europeo son cada vez más los investigadores que ofertan lecturas polimorfas según facies y variaciones alfareras.

Manen señala en el área Ródano-Ebro la presencia de seis estilos decorativos (cardial antiguo, cardinal reciente, epicardial antiguo, epicardial reciente, “a sillon d’impression” y “Roque-Haute”) *como estrategias de identidad de diferentes comunidades*, que deben leerse mejor en clave sincrónica que diacrónica, aunque pudieran ordenarse desde el 5900 al 5750 en tres fases consecutivas (Manen, 2002: 50 y 149). El polimorfismo sería resultado, apunta la autora, de los diversos modos de anclaje del neolítico (colonización, expansión demográfica, difusión o aculturación), o bien por la llegada de influencias varias, o, tal vez, se nos ocurre, derivado del papel que juegan los grupos autóctonos que reinterpretan lo que accede. El panorama descrito sería, por tanto, bastante afín al dibujado para el Mesolítico de la región: una unidad básica y variantes regionales con transferencias estables pues, de hecho y como ejemplo, “no doit cependant conclure trop rapidement en faveur d’une frontière culturelle séparant la zone Provençale-Languedoc oriental de la zone Languedoc occidentale–Catalogne”. Por su parte Willigen (2003), para el mismo escenario, diferencia una decena de tradiciones cerámicas.

La tendencia regionalista propuesta para el Mesolítico, y ligada a los progresos de sedentarización, explica la convivencia de tradiciones industriales diferenciadas como forma de expresión de identidades que parten de un mismo fondo. La compartimentación no se opone a la existencia de un gran territorio social, cuya formalización es crucial en la dinámica de los cazadores recolectores. Asistimos a la convergencia de dos fuerzas aparentemente contradictorias cuya comprensión es esencial en la discusión del fenómeno neolitizador. Por una parte la regionalización incentivaría ya desde el Mesolítico la conciencia de territorialidad, de posesión de un entorno, que se opondrá a la libre *conquista de nuevas tierras* que se supone a los *colonizadores* neolíticos y explica a la vez los distintos ritmos y resultados del proceso –que

se expresa en las varias familias cerámicas-. Por otra la vertebración territorial garantiza la entrada fluida de ideas y elementos técnicos en un proceso, que según sitios, pudiera acelerarse. La fragmentación mesolítica afecta a la neolitización, y explica quizá su propia fragmentación.

12. Materiales y funcionalidad.

Reconocer si el conjunto material de un yacimiento es representativo de una entidad cultural compensada, o reflejo de una serie limitada de acciones, es fundamental para la correcta evaluación del sitio y, por extensión, del complejo analizado. El ensayo atenderá al catálogo de útiles pero también a consideraciones tecnológicas, sociales, de disponibilidad, de capacidad del establecimiento... A medida que se incrementa la explotación del medio (materias primas variadas, diversificación alimentaria...) se fomentan los campamentos alternativos siéndole al prehistoriador difícil detallar si está ante asentamientos contemporáneos opuestos o complementarios.

Durante el Mesolítico, cuando se detecta una tendencia a la regionalización (Demars, 1998; Aura y Pérez, 1995; Manglado, 2002), los grupos tejen una densa red de establecimientos que permanece activa en similares condiciones durante los inicios neolíticos: el incremento de actividades mineras, de búsqueda y explotación de materias semipreciosas, el aprovechamiento de bancos de arcilla... incentivará aún más la diversificación de los emplazamientos. Una clasificación básica distingue entre yacimientos multifuncionales, especializados y logísticos: en los primeros se fabricarán, repararán y usarán una gama amplia de artefactos acompañados de un volumen importante de elementos faunísticos, vegetales y estructurales (de acondicionamiento, cocina, combustión...); en los otros dos tipos la restricción de útiles (la especialización reduce la variabilidad), alimentos y servicios será notable dado el menor agrupamiento de personas y lo más limitado de las ocupaciones.

Estudios traceológicos para la industria lítica de sitios mesolíticos –extensibles a niveles neolíticos de dichos lugares- revelan que las composiciones materiales se relacionan nítidamente con determinados usos, la ausencia de algunas piezas indica, inversamente, la no realización de concretas tareas: la llamativa falta de raspadores en Fontfaurès o en Balma de Abeurador revela un desinterés por las pieles (Philibert, 2002), y no es resultado de una tradición cultural que despreciara tales utensilios. En contra la frecuencia de un tipo se traduce como especialización del asentamiento: así demostrado el uso de geométricos y dorsos como armaduras complejas es sensato suponer prioritarias acciones de caza donde estas piezas abundan (en bastantes lugares sauveterrienses hasta el 90% de los utensilios se dedican al procesamiento animal –Philibert, 2002-). Citando un caso próximo, entre los varios que pueden relacionarse, reténgase el abrigo de La Peña de Marañón con un 60% de elementos de uso cinegético (Cava y Beguiristain, 1991-1992) evidenciando una actitud cazadora extensible a las fases postcalcolíticas del lugar. En Mendandia, desde la industria más datos faunísticos y

paleobotánicos, se observa que es la actividad de caza lo que da sentido tanto a los niveles mesolíticos como a los neolíticos, permaneciendo inalterables los ritmos de ocupación y la organización interna (Alday, en prensa a): en el recorrido estratigráfico la renovación material (en lo lítico y con el concurso de la cerámica en los estratos superiores) permite distinguir estadios tecnoculturales pero sin atisbarse replanteamientos socio-económicos-ocupacionales en el lugar (¿en el lugar no pero y en el conjunto de asentamientos abiertos por el grupo? ¿La evolución material en el sitio, y no económica, es suficiente para determinar el lugar como neolítico?). Situaciones como la de Mendandia, con materiales neolíticos y ausencia de domesticación, son frecuentes entre la documentación arqueológica y alientan diversos interrogantes: ¿frente a qué estamos, ante un grupo de cazadores con elementos neolíticos o ante una actividad de caza anexa para comunidades que ya desarrollan una economía productora? (véase Aimé, 1991)¹⁰.

La especialización de los asentamientos es deducible, además de por la reducción del equipamiento y la traceología, de la estacionalidad de las visitas. Los ejemplos son abundantísimos en la literatura especializada y nos valen unos pocos del tránsito mesolítico/neolítico de la Península Ibérica: en Portugal a Cabeço do Pez se acudía en otoño e invierno; Poças de S. Bento, Amoreiras y Vale de Romeiras son ocupados durante la primavera y el verano; Vidigal preferentemente en primavera y Fiais durante el todo el año (Marchand, 2001); mirando al litoral mediterráneo, la actividad de Nerja era anual y la del Tossal de otoño y principios del invierno fundamentalmente (Aura y Pérez, 1995); Mendandia, como ejemplo de territorio interior, se visitaba al final de la primavera e inicios del verano.

La estacionalidad y la especialización, estrategias emparejadas, son actos planificados que tienden a perpetuar el valor de cada establecimiento, de acuerdo a sus posibilidades explotativas y con independencia del tramo (o tramos) culturales implicados. Por confluencia de intereses y reducción de los artículos necesarios para las operaciones previstas *desdibujan los límites industriales* que sirven a los arqueólogos en sus clasificaciones. En las muchas ocasiones donde a las ocupaciones mesolíticas finales siguen otras neolíticas las novedades aportadas, aunque nítidas, quedan diluidas –y restringidas además de confundidas– bajo las directrices especializadas-estacionales de los campamentos: lo que para algunos autores son meras agregaciones sin valor determinante de artículos neolíticos en poblaciones mesolíticas (bajo el guión de aculturamiento pasivo) cabe ser interpretado también como fruto de un verdadero cambio cultural no mostrado más que parcialmente, dada la aparente continuidad al amparo de particularismos de los asentamientos.

Desde estas reflexiones son de interés retener dos consideraciones complementarias:

- A. La primera, metodológica, se fija en los test estadísticos sobre conjuntos industriales en donde las distancias son menores entre dos niveles de un mismo yacimiento, por más que pertenezcan a periodos culturales distintos, que entre

los estratos de varios lugares adscritos a una misma entidad cultural. El fenómeno se ha querido explicar atendiendo a: 1) diferencias en los criterios de clasificación, que favorece el acercamiento de las colecciones analizadas por un mismo investigador; 2) continuidad de las tradiciones de un grupo a lo largo de su existencia aún viviendo el tránsito entre dos formas culturales; 3) problemas metodológicos relacionados con la conservación y exhumación de los registros, bien proponiendo particiones ficticias (o aparentes) bien gestionando complejos mixtos; 4) especialización de los establecimientos tendente a acercar los conjuntos de niveles consecutivos).

- B. La segunda, cultural, observa coincidencia de opiniones entre autores que analizan regiones distantes en el tardiglaciario y la primera mitad del Holoceno, en donde *la gestión lítica y la ocupación de los sitios se perpetúa con independencia de los cambios instrumentales* (Philibert, 2002: 163), hasta el punto que separar estadios desde la industria ofrece serias dificultades (Aura y Pérez, 1995). La continuidad de los sistemas alcanza a los inicios del Neolítico incluso comenzada la renovación (o sustitución) de objetos o se sepa de una inicial domesticación (Marchand, 1999). Se percibe de nuevo que es el Neolítico evolucionado quien ofrece una ruptura más neta respecto a su pasado, con la sedentarización definitiva de las poblaciones y la producción como claves.

La coexistencia en un espacio temporal, según un suficiente número de avales de cronología, de industrias líticas mesolíticas sin cerámica, mesolíticas con cerámicas y neolíticas (circunstancia que se viene repitiendo en el Jura, Midi, Italia o País Vasco como ejemplos bien señalados) plantea serios interrogantes. ¿Son grupos en distinto grado de desarrollo, unos autóctonos aferrados a sus viejas tradiciones, otros autóctonos también que van aceptando, a cuentagotas, las novedades, y otros finalmente neolíticos venidos de fuera y que acabarán por imponerse? ¿Sólo para estos últimos debe reservarse el calificativo de neolítico?

Para el Jura Cupillard *et al.* (1991: 379) han advertido que la llegada de un utillaje neolítico no interfiere decisivamente en el proceso histórico general: se acogen elementos caracterizadores (cerámica, piezas líticas) sin alteración en los modos tecnotipológicos de explotación. Cabe inferir que, de hecho, los catálogos materiales, a falta del conocimiento de otras esferas, no son resolutivos en la clara distinción entre lo que es y no es neolítico en el sentido global del término. En concreto la cueva de Bavans no presenta variaciones en los ritmos de ocupación entre las fases mesolíticas y neolíticas antiguas (definidas por la presencia de cerámicas y puntas de Bavans), ni tampoco en las estrategias de uso del medio: los cambios se operan avanzado el neolítico cuando las visitas al refugio se tornan más esporádicas y los

campamentos al aire libre ganen en densidad y complejidad. Los autores no dudan de la integridad de Bavans, aunque se polemice en algunos matices, y sin embargo no hay acuerdo unánime sobre la calificación que merece el sitio. Aimé (1991) usa el vago concepto de Mesolítico con cerámica para privilegiar la situación del Rubané –pues no es cerámica de este estilo la hallada en la cavidad- y no romper el esquema interpretativo de la neolitización de la región tradicionalmente admitido; Roussot-Larroque (1993) admite, y defiende, la existencia de círculos alfareros ajenos y anteriores al Rubané debiendo considerar a Bavans como una estación plenamente neolítica; Cupillard *et al.* (1991) indican que con independencia de la calificación que merezca el estrato 5 es de interés la no ruptura en cuanto a los planteamientos generales anotados en cada una de las fases.

En la Península Ibérica situaciones similares deben obligarnos a cuidadosos análisis revisando seriamente a qué llamamos neolítico (recordemos algunas dudas anteriormente citadas) con aplicación de los mismos criterios en todos los casos. En este estado de cosas qué postura cabe adoptar ante la presencia de cerámica (y otros objetos que nos remiten al neolítico) en contextos aparentemente anómalos –por no decir abiertamente mesolíticos:

- A. La anulación de tal posibilidad apelando a la inconsistencia del yacimiento en cuestión o esgrimiendo argumentos particulares que, elevados a lo general, mudan a lo etéreo (¿contextos arqueológicos aparentes?);
- B. La aplicación de nomenclaturas intermedias –epipaleolítico/mesolítico con cerámica, mesolíticos en vías de neolitización...- con el único fin de salvaguardar modelos explicativos excesivamente cerrados (camuflan más que solucionan)¹¹;
- C. La recurrencia a intercambios entre grupos en desigual estado de desarrollo (posibilidad válida en situaciones de rigurosa cohabitación) que ni garantiza la prioridad del conjunto con ítems avanzados ni oferta una única explicación.

13. Diez valoraciones finales.

Nuestra sociedad otorga al Neolítico un valor trascendental en la historia de la humanidad: en su base descansan muchos de los mitos explicativos de nuestra entidad y, a la par, nos coloca en un plano que direcciona la visión que tenemos de aquel pasado. Un tiempo que culturalmente reconstruimos partiendo de asociaciones repetidas de objetos arqueológicos. Es por tanto necesario someter a crítica el concepto de objeto arqueológico y aclarar su significado: qué es, cómo se mide, cómo se transforma y evoluciona, cuál es su capacidad de transmisión de mensajes, qué representa en el universo cultural...

La estructura material se compone de una multitud de objetos que el prehistoriador sabe aislar, atendiendo a sus cualidades internas y externas, y comprende que no todos tienen la misma naturaleza y función. Jerarquiza y privilegia aquellos que cree son más resolutivos en las

definiciones culturales: pero debe ser consciente que este proceder condiciona severamente las interpretaciones y reduce las alternativas a los esquemas materialistas elegidos. Debemos confiar en ellos sin olvidar sus límites y comprendiendo a la vez la escala cronológica en la que se desarrollan, el escenario geográfico que los acoge y la capacidad informativa, parcial, que disponen.

Al introducirlos en la “galería de espejos” hemos obtenido, espero, imágenes dispares de los mismos objetos y ensanchado las posibilidades en los debates. El problema no reside exactamente en el registro - aceptada su parcialidad- sino en la descomposición normativista que de él hacemos ofreciendo desigual compromiso a cada elemento: buscamos su orden y un lenguaje común que permita comparaciones entre unidades sociales y temporales, obligándonos (obligándoles) a un encorsetamiento explicativo. Sin embargo los “objetos neolíticos” (y otros) *aguantan* más de una interpretación:

1. Los hay dinámicos, capaces de introducirse en estadios culturales en desigual desarrollo, observando: que la movilidad también estaba presente en los complejos mesolíticos; y que su distribución puede otorgar una falsa imagen homogeneizadora dado que pueden responder a varias razones;
2. Para el Neolítico muchos transmiten la voluntad y capacidad humana de producir, de transformar la naturaleza, situándose ideológicamente en el mismo plano que la domesticación biológica. En este sentido se planifica, estructura y especializa la búsqueda y explotación de materias primas ocultas en el subsuelo que son modificadas arbitrariamente tomando irreconocible el soporte.
3. Detrás de los objetos se esconde un compromiso social causante a) entre los exóticos de elección de unos sobre otros; b) en la materia prima preferencia por las de especial cualidad o belleza; c) entre los cotidianos proponiendo formas y dimensiones arbitrarias. La evolución de la cultura material además de a causas funcionales, mejoras tecnológicas o de rentabilidad, atiende a criterios socioideológicos.
4. En la conformación del registro interviene decisivamente, además de la perdurabilidad de los artículos: a) la actitud que la sociedad mantiene con los objetos y b) la funcionalidad del campamento y su integración con la red de sitios abiertos simultáneamente por la comunidad. La especialización debe leerse con sumo cuidado al originar, al menos, dos situaciones contrarias: a) por desdibujar los límites del catálogo material (restringiendo la variabilidad de las categorías industriales) y deformarlo (por sobreabundancia de los tipos más necesarios) da continuidad a niveles que son arqueoculturalmente situaciones distintas, manteniendo los mismos ritmos ocupacionales y de acción y b) por

proponer entre campamentos registros altamente diferenciados, entiende como unidades sociales opuestas lo que son establecimientos complementarios.

5. La jerarquización de los objetos reduce espacios históricos y cercena las interpretaciones. La *calidad definitoria* de ciertos ítems deber ser contrastada con su *cantidad*: la presencia de un elemento no es muy significativa si no se atiende al contexto, y no guía necesariamente la explicación. Distinguir, como ejemplo, entre un yacimiento de *estructura cardial* o *con cardial* es un ejercicio de primera necesidad que rara vez se ensaya; a la contra es de reflexión si la falta de cerámica en un lugar es consecuencia del retraso en su conocimiento o de una especialización del sitio.
6. Dado que por la naturaleza de la documentación prehistórica el registro material es determinante (los valores económicos son adecuadamente evaluados en cuanto están trabados cronológicamente, lo que depende mucho del catálogo instrumental) en la explicación del proceso de neolitización, la deuda con la dinámica de *ceramización* es innegable, por cuanto es el componente más resolutivo para definir los ritmos del fenómeno y su dirección. Su lectura no debe automatizarse.
7. Observando que es por tanto el catálogo material quien nos enseña el avance del neolítico, deberemos ser extremadamente vigilantes de los mecanismos que favorecen la transmisión de los objetos. Diversas fórmulas ofrecen similares resultados cartográficos pero tienen consecuencias culturales diferentes: los movimientos pueden afectar, indistinta o simultáneamente, a las cosas, a las personas o a las copias y ser producto de desplazamientos directos (a las fuentes de materias primas, a nuevas geografías si son movimientos démicos), de intercambios, de aculturaciones, de regalos...
8. En la transmisión de objetos neolíticos debe tenerse en cuenta a) la existencia de vías mesolíticas que son aprovechadas, con lo que pudiera significar de involucración de los autóctonos, y b) el carácter simbólicossocial de bastantes de los artículos. Privilegiando la transmisión de artefactos no cotidianos las novedades no tiene por que repercutir en los sistemas tecnoeconómicos de los receptores (aunque sí en el sociológico para insertarse en futuros cambios). Las verdaderas transformaciones sólo han lugar con implicación directa de las sociedades, no es suficiente la acogida de productos nuevos.
9. Las combinaciones industriales mesolíticas sugieren a los investigadores unidades sociales independientes participativas, eso sí, de unas coordenadas comunes. Las variedades cerámicas, y también detalles en lo lítico, proponen similares escenarios en las fases neolíticas. No puede establecerse una relación

directa entre ambas situaciones, pero es aceptable pensar que la fragmentación mesolítica repercute en el neolítico diversificando la interpretación del nuevo orden.

10. Desde el análisis del registro arqueológico hay síntomas de continuidad en varias de las regiones europeas en las que la documentación neolítica se superpone a la mesolítica final: en la gestión de las materias primas, en los elementos de adorno, en el microlitismo lítico, en los hábitats y sus ritmos de ocupación... Aunque son innegables las novedades (con la cerámica, en la economía, en el poblamiento...) es más honda la distancia que se observa en el Neolítico avanzado (desarrollo de la minería, abalorios más complejos, proliferación de campamentos al aire libre, alto régimen productor, desigualdades sociales...) sin que por ello se borren completamente las huellas del pasado. El proceso neolítico europeo dura en torno a 1.500 años, tiempo suficiente para que fructifiquen las interacciones con los mesolíticos: no es un fenómeno regular por lo que establecer criterios homogeneizadores desde la cultura material arriesga a incompletos debates.

14. Notas.

¹ Para Zvelebil (2000) el desigual protagonismo dado a los últimos cazadores-recolectores en según que regiones de Europa debe mucho a nuestra contemporánea visión de ellos: en Europa central y meridional son considerados como pueblos extraños sin ligación con la población actual, mientras en Escandinavia se les observan como contribuyentes en alguna medida de su cultura.

² Referido al Neolítico recientemente se han editado sendos detallados artículos que, partiendo de densas bases cronológicas –hasta 400 fechas se manejan en uno de ellos– reflexionan sobre los ritmos, modos y dependencias de la neolitización para la Península Ibérica o para su sector oriental en convergencia con el sur de Francia y la Península Itálica (Juan-Cabanilles y Martí, 2002; Manen y Sabatier, 2003). A mi parecer los atinados esfuerzos parten de premisas que debieran aclararse (según los trabajos): la automatización de las adscripciones culturales de niveles y yacimientos, la combinación de resultados sobre distintas materias y metodologías, la supresión de bastantes de los resultados –hasta un tercio en uno de los casos, ¡qué alcanza a la mitad para lo cardial!, la negación de espacios históricos alternativos, la falta de referencias al estadio anterior... Las conclusiones homogenizadoras y secuenciales a las que llegan, como casi siempre ocurre en Prehistoria, chocan con no pocas excepciones que quebrantan las líneas argumentales.

³ Un estado general sobre el fenómeno en VV.AA., 2001 y sobre distribución el clásico de Treinen, 1970.

⁴ El argumento se apoya dada la inspiración *extranjera* de útiles metálicos de la época fabricados sobre fuentes locales.

⁵ Los valores cualitativos, presencia de un significado carácter, ayudan a la determinación cultural pero por sí mismos no son suficientes en su exacta comprensión. La discusión sobre lo que es cardial y lo que

contiene cardial ¿es trasladable a otras esferas?: por ejemplo, el uso a pequeña escala de técnicas agrícola-ganaderas no debe traducirse de inmediato como conversión a la sustancia campesina –hay referentes etnográficos al respecto-. Debe graduarse asimismo la cantidad y representación del valor tanto en la individualidad del yacimiento como en la globalidad de un territorio, a riesgo si no de elevar lo excepcional a lo esencial. El caso de Peña Larga es sólo un ejemplo válido para otros escenarios.

⁶ Es autocrítica la reflexión de Manen y Sabatier (2003) al admitir, en su síntesis sobre el Neolítico antiguo del arco italo-franco-iberico, que su modo de acción, cifando la documentación arqueológica a unas determinadas variantes cerámicas –*impresa*, ligure, tirrénica y cardial fundamentalmente- impide el reconocimiento de fenómenos independientes.

⁷ Exponiendo las deudas hacia sus trabajos es ejemplo de este proceder la siguiente opinión de Martí *et al.* (1987: 608), que para su correcta comprensión debe atenderse al momento historiográfico en el que se emitió: no deben considerarse cronológica ni culturalmente del primer neolítico “los diversos niveles dominados por cerámicas inciso-acanaladas e impresas no cardiales, a las que tan sólo algunas fechas 14C parecen conferir una antigüedad que no se corresponde con el conjunto del registro arqueológico de lo franco ibérico”. La postura enfatiza la férrea organización marcada por la evolución material, con lo cardial como base, frente a otras variables singularizadas en algunos yacimientos o las mediciones de cronología absoluta. Las familias industriales no deben ser evaluadas aisladamente sin atender al haz de circunstancias en cada caso comprometidas (sedimentológicas, temporales, del conjunto del catálogo, de los procesos que marcan el descubrimiento, recuperación y publicación del sitio...) a riesgo de caer en automatismos poco fiables.

⁸ Véase como foro de discusión Arnal, Boboeuf y Montan, 1991 al amparo de La Poujade y Roquemissou (y citas sobre Abeurador, Camprafaud y Unang), las disputas entre Roussot-Larroque frente a Valdeyron o Marchand o el estado de la cuestión de “cerámica de cazadores” en Berg, 1990.

⁹ ¿En situaciones de exogamia la presencia de objetos alóctonos se entiende como resultado de ajuar, vajilla o vínculo simbólico afectivo del recién llegado para con su lugar de procedencia?

¹⁰ La misma cuestión desde otra perspectiva: ¿el hallazgo de “flèches de Montclus” en sitios de economía cazadora es síntoma de apropiación por Mesolíticos finales de productos neolíticos por influencia del cardial o testimonio de actividades cinegéticas ejecutadas por grupos cardiales? (Mazurie de Keroualin, 2003: 65).

¹¹ Midgley (2003) señala el uso de hasta 36 términos (subneolítico, preneolítico, neolíticos forestales, semiagrarios, mesolíticos cerámicos...) para describir “complejos anómalos” en vez de revisar, como tal vez fuera oportuno, el propio concepto de Neolítico.

15. Bibliografía.

- AIME, G., 1991: “Les niveaux mésolithiques de Bavans dans le contexte jurassien”. *Mésolithique et néolithisation en France et dans les régions limitrophes*, Actas del 113 congrés national des sociétés savantes, Estrasburgo 1988, pp. 323-345.
- ALDAY, A., 1999: “Dudas, manipulaciones y certezas para el mesoneolítico vasco”. *Zephyrus* LII, pp. 129-172. Salamanca.

- ALDAY, A., 2001: "Vías de intercambio y promoción del campaniforme marítimo y mixto sobre el interior peninsular". *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra* 9, pp. 111-174.
- ALDAY, A., 2003: "Cerámica neolítica en la región vasco-riojana: base documental y cronológica". *Trabajos de Prehistoria* 60, pp. 53-80. Madrid.
- ALDAY, A., en prensa a: El campamento prehistórico de Mendandia: ocupaciones mesolíticas y neolíticas entre el 8500 y el 6400 B.P.
- ALDAY, A., en prensa b: "Temas del Neolítico Vasco", *Actas del III Congreso del Neolítico Peninsular*, Santander 2004.
- ALVAREZ FERNÁNDEZ, E., 2002: "Ejemplares perforados del gasterópodo *Homolopoma sanguineum* durante el Paleolítico superior en Europa occidental". *Cypselia* 14, pp. 43-54.
- ARNAL, G. B., BOBEUF P. y FONTAN, P., 1991: "Mesolithiques et neolithiques dans les massifs meridionaux". *Mésolithique et néolithisation en France et dans les régions limitrophes*, Actas del 113 Congrès National des Sociétés Savantes, Estrasburgo 1988, pp. 77-85.
- AURA, E. y PÉREZ, M., 1995: "El holoceno inicial en el Mediterráneo español (11000-7000 BP). Características culturales y económicas". En VILLAVARDE, V., Ed.: *Los últimos cazadores. Transformaciones culturales y económicas durante el tardiglacial y el inicio del Holoceno en el ámbito mediterráneo*, pp. 119-146. Instituto de Cultura Juan Gil-Albert. Alicante.
- BERG, P.L. Van de, 1990: "La ceramique Néolithique ancienne non rubanée dans le nord-ouest de l'Europe". *Bulletin de la Société Préhistorique du Luxembourg* 12, pp. 10-124.
- BINFORD, L., 1988: *En busca del pasado*. Crítica. Barcelona.
- BOSCH, A. et al., 2000, *El poblado lacustre neolítico de la Draga. Excavacions de 1990 a 1998*. Monografies del Casc 2. Museu d'Arqueologia de Catalunya
- CAUVIN, J., 1997: Naissance des divinités. Naissance de l'agriculture. CNRS. París.
- CAUVIN, M. C., 2002: "L'obsidienne et sa diffusion dans le proche-orient néolithique". *Matériaux, productions, circulations du Néolithique à l'Age du Bronze*, Séminaire du Collège de France bajo dirección de J. Guilaine, pp. 13-30. Errance. París.
- CAVA, A., 1997: "L'abri d'Aizpea. Un facies à trapezes et son evolution a la fin du mésolithique sur le versant sud des Pyrenées". *Préhistoire Européenne* 10, pp. 151-171.
- CAVA, A. y BEGUIRISTAIN, M. A., 1991-1992: "El yacimiento prehistórico del abrigo de La Peña (Marañón, Navarra)". *Trabajos de Arqueología Navarra* 10, pp. 69-135.
- CONSTANTIN, C y VACHARD, D., 2004: "Anneaux d'origine méridionale dans le Rubané récent du Bassin parisien". *Bulletin de la Société Préhistorique Française* 101, 1, pp. 75-

83.

- CONVERTINI, F. y QUERRÉ, G., 1998: "Apports d'études céramologiques en laboratoire à la connaissance campaniforme: résultats, bilan et perspectives". *Bulletin de la Société Préhistorique Française* 95, 333-341.
- CUPILLARD, C. et al., 1998: "La néolithisation du Jura". En *Mésolithique et néolithisation en France et dans les régions limitrophes*, Actas del 113 Congrès National des Sociétés Savantes, Estrasburgo 1988, pp. 347-387.
- DEMARS, P.-Y., 1998: "Circulation des silex dans le Nord de l'Aquitaine au Paléolithique supérieur. L'occupation de l'espace dans les derniers chasseurs-cueilleurs". *Gallia Préhistoire* 40, pp. 6-28.
- EDO, M., VILLALBA, M.J. y BLASCO, A., 1992: "Can Tintorer, origen y distribución de minerales verdes en el noroeste peninsular durante el Neolítico". *Aragón/Litoral mediterráneo. Intercambios culturales durante la Prehistoria*, pp. 361-375.
- D'ERRICO, F. y VANHAEREN, M., 2000: "Mes morts et les mort de mes voisins. Le mobilier funéraire de l'Aven des Iboussières et l'identification de marqueurs culturels à l'Epipaléolithique". *Les derniers chasseurs-cueilleurs d'Europe occidentale (13000 - 5500 av. J.C.)*. Actes du Colloque International de Besaçon, pp. 325-342.
- GONZÁLEZ RUBIAL, A., 2003: "Desecho e identidad: etnoarqueología de la basura en Galicia". *Gallaecia* 22, pp. 413-439.
- GUILAINE, J., 2003: *De la vague à la tombe. La conquête néolithique de la Méditerranée*. Sieul. París.
- HERNANDO, A., 1999: *Los primeros agricultores de la Península Ibérica. Síntesis*. Madrid.
- HODDER, I., 1990: *Domestication of Europe*. Basil Blackwell. Oxford.
- JEUNESSE, Ch., 1995: "Cultures danubiennes, éléments non Rubanés et néolithique ancien du Midi au VI millénaire: la dimension chronologique". *Chronologies néolithiques. De 6000 à 2000 avant notre ère dans le bassin rhodanien*, Actas del coloquio d'Ambérieu-en-Bugey, pp. 139-146.
- JEUNESSE, Ch., 2002: "La coquille et la dent. Parure de coquillage et évolution des systèmes symboliques dans le Néolithique danubien (5600-4500)". *Matériaux, productions, circulations du Néolithique à l'Age du Bronze*, Séminaire du Collège de France bajo dirección de J. Guilaine, pp. 49-64. Errance. Paris.
- JEUNESSE, Ch., 2003: "Les pratiques funéraires du Néolithique ancien danubien et l'identité rubanée: documents récentes, nouvelles tendances de la recherche". *Les pratiques funéraires néolithiques avant 3500 J-C en France et dans les régions limitrophes. Memoire XXXIII de la Société Préhistorique Française*, pp. 13-21.
- JUAN-CABANILLES J. y MARTI, B., 2002: "Poblamiento y procesos culturales en la

- Península Ibérica del VII al V milenio a.C. (8000-5500 BP). Una cartografía de la neolitización". *Saguntum* extra 5, pp. 45-87. Valencia.
- LAPORTE, L. y PICQ, Ch. (editores científicos), 2002: "Les occupations néolithiques du vallon des Ouchettes (Plassay, Charente Maritime)". *Gallia Préhistoire* 44, pp. 1-120.
- LE ROUX, C.T. 1997: L'outillage de pierre polie en métadolérite du type A. Les ateliers de Plussulien (Côtes-d'Armor): production et diffusion dans la France de l'ouest et au delà". *Travaux du Laboratoire Anthropologie, Préhistoire et quaternaire Armoricains* 43.
- MANEN, Cl., 2002: "Structure et indetité des styles céramiques du Néolithique ancien entre Rhône et Èbre". *Gallia Préhistoire* 44, pp. 121-165.
- MANEN, Cl. y SABATIER, Ph., 2003: "Chronique radiocarbone de la néolithisation en Méditerranée nord-occidentale". *Bulletin de la Société Préhistorique Française* 100, pp. 479-504.
- MANGADO, J., 2002: "El aprovisionamiento de materias primas durante el Paleolítico superior y Epipaleolítico en Cataluña". *Cypsela* 14, pp. 27-41.
- MARCHAND, G., 1999: La Neolithisation de l'ouest de la France. Caractétisation des industries lithiques. BAR International Series 748. Oxford.
- MARCHAND, G., 2000: "La néolithisation de l'ouest de la France: aires culturelles et transferts techniques dans l'industrie lithique". *Bulletin de la Société Préhistorique Française* 97, pp. 377-403.
- MARCHAND, G., 2001, "Les traditions techniques du Mésolithique final dans le sud du Portugal: les industries lithiques des amas coquilliers de Várzea da Mó et de Cabeço do Rebolador (fouilles M. Heleno)". *Revista Portuguesa de Arqueologia* 4, núm 2, pp. 47-109
- MARTÍ, O. et al., 1987: "El neolítico antiguo en la zona oriental de la península ibérica". *Premières communautés paysannes en Méditerranée Occidentale*, pp. 607-619
- MAZURIE de KEROUALIN, K., 2003: Genèse et diffusion de l'agriculture en Europe. Agriculteurs-Chasseurs-Pasteurs. Errance. Paris.
- MIDGLEY, M. S., 2003: "Le Néolithique en Europe du Nord: origine et originalités". En DESBROSSE y THÉVENIN, Dirs.: *Préhistoire de l'Europe. Des origines à l'Âge du Bronze*, Actes des Congrès Nationaux des Sociétés historiques et scientifiques, pp. 413-428. Lille. 2000.
- PELEGRIN, J., 2002: "La production des grandes lames de silex du Grand-Pressigny". En *Matériaux, productions, circulations du Néolithique à l'Age du Bronze*, Séminaire du Collège de France bajo dirección de J. Guilaine, pp. 131-148. Errance.
- PHILIBERT, S., 2002. Les derniers sauvages. Territoires économiques et systèmes techno-

- fonctionnels mésolithiques. BAR International Series 1609. Oxford.
- ROMÁN DÍAZ, M^a P. y MARTÍNEZ PADILLA, C. 1998: "Aproximación al estudio de las transformaciones históricas en las sociedades del VI al III milenio a. C. en el sureste peninsular". *Trabajo de Prehistoria* 55, 2, pp. 35-54. Madrid.
- ROUSSOT-LARROQUE, J., 1993: "Relations sud-nord en Europe occidentale au Néolithique ancien: le point de vue occidental". *Le Néolithique du nord-est de la France et des régions limitrophes*, actes du XIII colloque interrégional sur le Néolithique (Metz 1986), pp. 10-40.
- ROZOY, C., y ROZOY, J. G., 2002: Les camps mésolithiques du Tillet: analyses typologiques, typométrique, structurelle et spatiale. Société Préhistorique Française, travaux 2. Paris.
- ROZOY, J. G., 1978: *Les derniers chasseurs. l'Épipaléolithique en France et en Belgique. Essai de synthèse*. Bulletin de la Société Archéologique Champemoise, número especial.
- ROZOY, J. G., 1999: "Le mode de vie au mésolithique". En L'Europe des derniers chasseurs. Épipaléolithique et Mésolithique. Peuplement et paléoenvironnement de l'Épipaléolithique et du Mésolithique. 5^o Colloque International UISPP commission XIII, Grenoble 1995, pp. 39-50.
- THEVENIN, A., 1995: "Pour une réinterprétation des données en Préhistoire". *Chronologies néolithiques. De 6000 à 2000 avant notre ère dans le bassin rhodanien*, Actas del coloquio d'Ambérieu-en-Bugey, pp. 27-30.
- TREINEN, F., 1970: "Les poteries campaniformes en France". *Gallia Préhistoire* XIII, fasc. 1, 53-107 y fasc 2, pp. 263-332.
- SALANOVA, L. 2002: "Fabrication et circulation des céramiques campaniformes". *Matériaux, productions, circulations du Néolithique à l'Age du Bronze*, Séminaire du Collège de France bajo dirección de J. Guilaine, ed. Errance, pp. 151-166.
- UTRILLA, P. y RODANÉS, J.M., 2001-2002: "El yacimiento epipaleolítico de los Baños (Ariño, Teruel)". *Salduie* II, pp. 307-322.
- VEINMERSCH, T. M., POULISSEN, E. y VAN PEAR, P., 1995: "Paleolithic chert mining in Egypt". *Archaeologia Polona* 33, pp. 11-30.
- VILLALBA, M. J., 2002: "Le gîte de variscite de Can Tintorer: production, transformation et circulation du mineral vert". *Matériaux, productions, circulations du Néolithique à l'Age du Bronze*, Séminaire du Collège de France bajo dirección de J. Guilaine, ed. Errance, pp. 115-127.
- VILLALBA, M. J., EDO, M y BLASCO, A., 2001: "La callaïs en Europe du sud-ouest. État de la question". *Revue Archéologique de l'Ouest*, sup. 9, pp. 267-276.
- VORUZ, J. L. NICOD, P.Y. y CHEUNINCK, G. de, 1995: "Les chronologies néolithiques dans le bassin rhodanien: un bilan". *Chronologies néolithiques. De 6000 à 2000 avant notre*

- ère dans le bassin rhodadien*, Actas del coloquio d'Ambérieu-en-Bugey, pp. 381-404.
- VV.AA., 2001: Bell Beakers today: pottery, people, culture, symbols in prehistoire Europe. 2 vol.
- WILLIGEN, S. van, 2003: "Le Néolithique ancien entre Ligure et Catalogne". *Préhistoire de l'Europe. Des origines à l'Âge du Bronze* (Desbrosse y Thévenin dirs), Actes des Congrès Nationaux des Sociétés historiques et scientifiques, Lille 2000, pp. 389-412.
- ZVELEBIL, M., 2000: "Les derniers chasseurs-collecteurs d'Europe tempérée", *Les derniers chasseurs-cueilleurs d'Europe occidentale (13000 - 5500 av. J.C.)*, Actes du Colloque International de Besaçon, pp. 379-406.